



**José Echegaray**

**La última noche**

Drama en verso en tres actos y un epílogo

**PERSONAJES**

DON CARLOS, banquero  
DOÑA TERESA, su esposa  
ALFREDO, su hijo  
DON JUAN, cajero  
ELENA, su hija  
DON RAMÓN, agente de confianza de Don Carlos  
ALVARADO, banquero  
ANSELMO, empleado en la casa de Don Carlos  
BANQUERO 1º  
BANQUERO 2º  
BANQUERO 3º  
UN NIÑO  
UN CRIADO

La escena de los tres primeros actos, en Madrid; la del epílogo, en una quinta a la orilla del mar. Época moderna.

## Acto primero

Salón lujosamente amueblado. En el fondo, una gran puerta por la que se ven las antesalas; a uno y otro lado, consola con espejos, etc. a la izquierda del público, y en primer término, un balcón; en segundo término, una puerta que conduce a las habitaciones interiores. A la derecha, y en primer término, una puerta que conduce al despacho de Don Carlos; en segundo término, otra que comunica con las oficinas. Próximas al balcón, pero dejando libre paso hasta él, una mesa y una butaca; a la derecha, y en primer término, un sofá y una silla.

### Escena I

ELENA, al levantarse el telón, aparece sentada junto a la mesa y mirando un álbum.

ELENA. ¡Qué tarde ya! También hoy  
(Dejando el álbum y levantándose.)

sin carta. ¡Válgame el cielo!,  
pasa un día y otro día  
sin noticias de mi Alfredo.

Y Teresa, ¡pobre madre!,  
mil angustias en secreto  
por él sufre, y por mí calla,  
mientras devoro en silencio  
mis lágrimas, por calmar  
sus maternos tormentos;  
pero ¡ay!, del rostro mentiras  
no son del alma consuelos.

Dos años ha que partió;  
dos años, ¡qué largo tiempo!  
Y cuántas dichas perdidas  
¡y cuántos dulces recuerdos!,  
y mis angustias ¡qué cerca!  
y mis amores ¡qué lejos!

### Escena II

ELENA y DON JUAN. Este último sale por la puerta de las oficinas.

JUAN. Es inútil; ya cien veces  
he principiado y no puedo.

ELENA. ¿Qué tienes, padre?

JUAN. Don Carlos  
me rogó con gran empeño  
que terminara unas cuentas,  
y en vano, Elena, me esfuerzo.  
que la vista se me turba,



todo es ceniza y silencio.

«¡Muerte!», dice la ordenanza;  
«¡Muerte!», pronunció el Consejo,  
y por su ambición, su vida  
dio el capitán insurrecto.

¡Su vida, que era, Dios mío,  
en esta vida mi cielo!

ELENA. Padre, padre, que te matan  
esos tristes pensamientos.

JUAN. Y la sentencia ignoré,  
postrado, Elena, en el lecho,  
hasta que sonó en mi oído:  
«¡Pobre, Juan, murió tu Ernesto!»

¿Quién como yo por salvarle  
con desesperado esfuerzo,  
hubiera, Elena, luchado  
en el instante supremo?

ELENA. ¡Basta, por Dios!

JUAN. Mira, niña,

yo también en otro tiempo  
fuí soldado; yo también  
como reliquias conservo  
mi uniforme destrozado,  
noble cruz y limpio acero;  
y con aquellos jirones,  
y la cruz sobre mi pecho,  
y en mi cabeza esta nieve,  
y en mis ojos, llanto acerbo,  
hubiera rogado a todos  
por mi idolatrado Ernesto;  
y ¿quién se niega a escuchar  
compasivo a un pobre viejo,  
veterano de Luchana  
y soldado de Espartero?

ELENA. Grande es, padre, tu dolor,  
y ya que torpe no acierto  
a calmarlo...

JUAN. Si quisieras...

ELENA. ¿Dudas?

JUAN. Dudo...

ELENA. ¡Padre!

JUAN. Y tiemblo,

pero no; tú, Elena mía,  
no negarás un consuelo  
a este anciano.

ELENA. No adivino.

JUAN. Del hijo mío un recuerdo  
queda en el mundo...

ELENA. ¡Su carta!

JUAN. En el instante postrero

quiso escribir a su padre;  
fue mío su pensamiento.  
Y, sin embargo, me niegan...  
ELENA. Mi madrina...  
JUAN. Te comprendo.  
Soy ya débil, achacoso...  
ELENA. ¡Y has estado tan enfermo!  
JUAN. Mas con tanta precaución  
me matan a fuego lento.  
ELENA. Si la emoción, la alegría...  
JUAN. ¡Qué importa! ¿Con qué derecho  
se impide que llegue a un padre  
del hijo el último acento?  
¡Ver su letra...!, ¡de sus lágrimas  
seguir el triste reguero  
sobre el papel deslustrado  
por su llanto y por sus besos...!  
¡Mis secos labios posar  
do posó sus labios trémulos!  
¿No comprendes esta dicha?  
ELENA. Sí, padre; sí la comprendo.  
JUAN. Pues bien: ayúdame, Elena.  
ELENA. Si algo consiguen mis ruegos...  
JUAN. ¿Luego accedes?  
ELENA. ¿Cómo no?  
JUAN. ¿Y prometes...?  
ELENA. Lo prometo.  
JUAN. Allí viene  
(Mirando a la puerta de la izquierda.)  
ELENA. ¡Su semblante  
cuán triste, pero cuán bello!  
JUAN. Al pedir la carta invocas...  
ELENA. Sí, padre; el nombre de Alfredo;  
¿quién a ese nombre resiste?  
JUAN. Nadie, Elena, bien lo veo...,  
(Mirándole fijamente.)  
mas ayudarte sabré.  
ELENA. ¿Tú, padre?  
JUAN. Sí; yo me entiendo  
y tú también. Pide, niña,  
esa carta de Ernesto,  
y antes de partir procura  
a tu padre este consuelo.  
ELENA. ¡Yo partir!  
JUAN. Es necesario,  
que pronto regresa Alfredo.  
(Vase JUAN.)  
Escena III  
ELENA y DOÑA TERESA, por la puerta de la izquierda.  
TERESA. Él se aleja, y tú llorosa

quedas, Elena, y turbada:

¿qué tienes?

ELENA. ¿Yo, madre? Nada.

¡Soy aquí tan venturosa!

Contigo siempre vivir

mi sueño dorado fue,

pero dijo no sé qué

de alejarme y de partir;

y aunque ignoro qué razón

tuvo para estos enojos,

se me arrasaron los ojos

y se oprimió el corazón.

¡Pero tú no sufrirás

que me arranquen de tu lado!

TERESA. ¡Ay Elena, de buen grado

tú misma me dejarás!

ELENA. ¡Qué dices! ¿Dejarte?

TERESA. Sí.

ELENA. ¿Imaginarlo has podido?

¿Acaso, dime, no has sido

una madre para mí?

TERESA. Sin embargo...

ELENA. Te aseguro

que por nadie te dejara.

TERESA. Se te conoce en la cara

que me engañas.

ELENA. Te lo juro.

TERESA. ¡Y osas, Elena, jurar,

sin escrúpulo ni miedo...!

ELENA. ¡Por nadie!

TERESA. ¿Ni por mi Alfredo,

cuando te lleve al altar...?

(ELENA abraza cariñosamente a DOÑA TERESA y oculta el rostro, avergonzada.)

¿No me contestas?

ELENA. ¡Madrina!

TERESA. (Aparte.)

¡Qué buena y cuán inocente!

(Alto.)

Levanta la pura frente

que ruborosa se inclina.

Cese tu amoroso anhelo,

vuelva a tu pecho la calma,

y con las dichas del alma

brillen tus ojos de cielo.

ELENA. ¡Pobre de mí! ¿Qué hice yo

para merecer de ti

tanto bien, madrina, di?

TERESA. Y ¿no lo adivinas?

ELENA. No;

y pienso con inquietud  
que es muy grande mi humildad.  
TERESA. Tan sólo hay desigualdad  
entre el vicio y la virtud;  
entre un corazón marchito  
y un corazón amoroso;  
entre un amor vergonzoso  
y un amor puro, infinito.

ELENA. Y ¿qué puedo yo, infeliz,  
darte por tanta ventura?

TERESA. Me pagarás con usura  
si haces a Alfredo feliz.

ELENA. Mas para ti...

TERESA. Nada. Cruel  
el desengaño me hirió;  
pero nunca destiló  
mi labio la amarga hiel  
del corazón: mi tristeza  
sólo en Dios halla consuelo,  
y a la voluntad del cielo  
doblo humilde mi cabeza.

ELENA. ¿Cuál es la causa?

TERESA. Basta.

ELENA. ¡Madre...!

TERESA. Hablemos de ti, hija mía.

¿Temes algo todavía?

ELENA. ¡Temo...!

TERESA. ¿A quién?

ELENA. ¡Ay...! ¡A su padre!

TERESA. Es verdad, pero no importa:  
yo lucharé con mi esposo.

ELENA. Conmigo es muy cariñoso,  
no lo niego.

TERESA. (Aparte.)

¡Mal reporta  
el infame su pasión!  
No cambia: siempre lo mismo.  
¿Quién medir puede el abismo,  
Carlos, de tu corazón?

ELENA. A mi madre en gran estima  
tuvo siempre, ¿no es verdad?,  
y conmigo ¡qué bondad!  
¡Si vieras cómo me mira!

TERESA. Pues con tal benevolencia,  
dudar es...

ELENA. Un desatino.

Y sin embargo...

TERESA. (Aparte.)

¡Oh divino  
instinto de la inocencia!

(Alto.)

Desecha vanos temores.

ELENA. En ti, madrina, confío.

¡Cuán feliz...! Pero, ¡hay Dios mío!,

hablando de mis amores

olvidaba..., ¡qué egoísta!,

la súplica lastimera

del pobre anciano. Severa

no claves en mí la vista.

¡Llora tanto! Tú querrás

dar este consuelo, madre,

¿no es cierto?, a mi pobre padre.

TERESA. ¿Y bien?

ELENA. La carta.

TERESA. ¡Jamás!

(Aparece DON JUAN en la puerta de las oficinas y en ella se detiene.)

Ese papel es funesto.

ELENA. ¡Madrina, por Dios!

TERESA. Advierte

que hay en él infamia y muerte.

Escena IV

DOÑA TERESA, ELENA y DON JUAN.

JUAN. ¡Es la carta de mi Ernesto!

TERESA. Imposible...

JUAN. ¡Compasión!

Usted es madre, señora;

usted a su Alfredo adora.

TERESA. (Aparte.)

¡Se me parte el corazón!

JUAN. ¡Con el alma la codicio!

ELENA. ¡Es su eterna pesadilla!

JUAN. ¡y está escrita en la capilla,

horas antes del suplicio!

TERESA. No existe la carta...

(Vacilando.)

JUAN. Sí;

Yo recuerdo aquel momento.

TERESA. Vacila tu pensamiento...

JUAN. No vacila; yo la vi.

El oficial me la daba;

Yo cogerla no podía;

usted se me interponía,

y la carta me arrancaba.

Más fuerzas presta el deseo,

y la alcancé sin embargo.

TERESA. Deliras.

JUAN. Rota a lo largo:

me parece que la veo.

¡La carta!

ELENA. Sí, madre mía.  
TERESA. ¡Imposible, desdichada!  
JUAN. ¡La carta!  
ELENA. ¡Sí, madre amada!  
TERESA. No... (Aparte.)

¡Jamás: le mataría!

(Sale DOÑA TERESA por la izquierda.)

Escena V

ELENA, DON JUAN, DON CARLOS, DON RAMÓN y ANSELMO. Los tres últimos

aparecen por la derecha, primer término. DON CARLOS y DON RAMÓN, Marchando delante; ANSELMO, siguiéndolos.

CARLOS. (Da algunos pasos; después se detiene y se vuelve hacia ANSELMO.)

Imposible; yo lo siento;

es un penoso deber...;

pero, en fin, ¡cómo ha de ser...!

ANSELMO. En esta casa ya cuento

veinte y tres años cabales

de servicio siempre honrado.

CARLOS. (Aparte.)

El buen viejo está pesado.

Son unos tiempos fatales.

RAMÓN. Carlos...

CARLOS. Basta ya, Ramón.

(A ANSELMO.)

Conque lo dicho: paciencia.

ANSELMO. ¡Es que quedo en la indignancia!

CARLOS. Pues, hijo, resignación.

ANSELMO. ¡No la tengo!

(En tono de amenaza.)

CARLOS. (En tono altivo.)

Basta, anciano.

RAMÓN. (A ANSELMO, en voz baja.)

Ahora, vete, y yo después...

ANSELMO. (Aparte.)

¡He de decirle quién es...!

¡Dios me tenga de su mano!

(Sale haciendo un ademán amenazador.)

Escena VI

Todos, menos ANSELMO.

CARLOS. Ya me sacudí esa mosca.

RAMÓN. Eres, Carlos, insensible.

CARLOS. Vas haciéndote insufrible;

no pongas la cara fosca.

(Adelantándose algunos pasos.)

¿Tú por aquí, mi buen Juan?

¡Siempre tan linda, mi Elena!

(A DON JUAN.)

¡Noto en tu rostro una pena...!

(A ELENA.)

¡Y en ti noto cierto afán...!

JUAN.¡Hoy hace un año, señor...!

CARLOS.¡Es cierto...!

ELENA.(A CARLOS.)

¡Jamás olvida!

CARLOS.No basta toda una vida  
para agotar tal dolor.

RAMÓN.(Aparte y mirando a CARLOS.)

¡A que llora!

CARLOS.(Aparte y mirando a ELENA.)

¡Es adorable!

Pero es el fruto prohibido.

RAMÓN.(Aparte y mirando a CARLOS.)

Y parece conmovido:

¡es un actor admirable!

JUAN.(A CARLOS.)

Vuelvo a la Caja, si usted  
no dispone alguna cosa.

CARLOS(Aparte y mirando a ELENA.)

Cada vez es más hermosa.

A tu espíritu haz merced

(Cariñosamente.)

por hoy de descanso, Juan.

Estás triste, estás sombrío.

JUAN.Pero esas cuentas...

CARLOS. ¡Dios mío!

Las cuentas esperarán.

ELENA.Dice bien don Carlos, ven.

JUAN.No el cuerpo, el alma me duele.

CARLOS.Adiós, y que Él te consuele.

(Dándole la mano.)

JUAN.Si Él no me consuela, ¿quién?

(Sale DON JUAN con ELENA por la izquierda. DON CARLOS despide a ELENA con un saludo cariñoso y se queda contemplándola. DON RAMÓN observa a DON CARLOS.)

Escena VII

DON CARLOS y DON RAMÓN.

CARLOS.¡Divina mujer..., divina!

(Aparte, mientras ELENA sale conduciendo a DON JUAN.)

¡Qué graciosos movimientos...!

¡Pasad, negros pensamientos...,

pasad...! ¡Vamos, me fascina!

¿A quién no roba la calma

esa tez de rosa y nieve,

y ese talle que se mueve

como la argelina palma?

RAMÓN.(Poniendo una mano en el hombro de CARLOS.)

¿Siguiendo tu vista va

al triste y lloroso anciano?

¿O el encanto sobre humano  
de la niña?

CARLOS. Basta ya.

RAMÓN.(En voz baja.)

Pues pienso, aunque no te cuadre,  
que la adoras en secreto.

CARLOS.Debo a esa niña respeto,  
y respeto debo al padre.

RAMÓN.¡Sí...! Pues del hijo la muerte...

CARLOS.(Tapándole la boca y mirando alrededor.)

¡Calla!

RAMÓN. Nadie nos escucha.

¿Por qué se lanzó a la lucha?

CARLOS.Porque lo quiso la suerte.

RAMÓN.Sin embargo...

CARLOS(Con enojo.)

Basta.

(Como hablando consigo mismo.)

Sí;

aunque yo ante nada cejo,  
esa niña y ese viejo  
son sagrados para mí.

RAMÓN.Así lo dicen tus labios;  
mas ¿lo siente el corazón?

CARLOS.Los pensamientos, Ramón.  
no han sido jamás agravios.

RAMÓN.Siempre que os encuentro juntos,  
en tus ojos, Carlos, leo...

CARLOS.(Con tono severo.)

Te repito que deseo  
que hablemos de otros asuntos.

RAMÓN.¿Otros asuntos?

CARLOS. Cabal.

RAMÓN.(Con mal humor.)

Es que por distintos modos  
ha tiempo, Carlos, que todos  
los, tuyos caminan mal.

CARLOS.¿El empréstito también?

RAMÓN.Más que ninguno. ¡Dios santo,  
mil millones! ¡Yo me espanto...!

¿Y quién no se espanta, quién,  
al verte ciego lanzar

a tan insensata empresa  
tu fortuna?

CARLOS. Saldrá ilesa,  
y la voy a triplicar.

(Con entusiasmo y animándose por grados.)

Dos años ha que, anhelante,  
de fiebre el alma abrasada,  
preparo aquesta jugada

y aqúeste supremo instante.  
Dos años, lo sabes bien,  
los valores del Tesoro  
tuve en baja a costa de oro...  
RAMÓN. De sangre a costa también.  
CARLOS. ¡Silencio...! ¡Fué necesario!  
Y hoy es tal la situación,  
que yo tan sólo, Ramón,  
puedo salvar al Erario  
del abismo que le espera.  
RAMÓN. Lo dudo.  
CARLOS. ¿Por qué dudar  
si en ello voy a arriesgar...?  
RAMÓN. ¡Lo sé!  
CARLOS. ¡Mi fortuna entera!  
RAMÓN. No basta.  
CARLOS. Y además cuento  
con Urrutia.  
RAMÓN. No me fío.  
CARLOS. Y además, Ramón, es mío  
el hombre más opulento  
de la Banca mejicana.  
RAMÓN. ¿Alvarado?  
CARLOS. Al fin cedió.  
RAMÓN. ¿Y cómo?  
CARLOS. Queriendo yo.  
Y comenzaré mañana  
a cubrir el nuevo plazo.  
RAMÓN. ¡Mas no comprendo!  
CARLOS. ¡Inocente!  
Yo sé obligar a la gente.  
Con su bella Lola enlace  
a mi Alfredo; mas chitón;  
¡ni una palabra!  
RAMÓN. ¡Qué idea!  
Pero ¿Alfredo lo desea?  
CARLOS. ¿Y qué me importa, Ramón?  
RAMÓN. Es admirable tu plan.  
CARLOS. ¿Al fin lo confiesas?  
RAMÓN. Sí;  
sin Alvarado, ¡ay de ti!  
CARLOS. ¿Y con él?  
RAMÓN. No más afán.  
(Pausa.)  
Me venciste; no lo niego  
y emprendo mi retirada.  
(Tomando el sombrero y disponiéndose a salir.)  
CARLOS. ¿Vas...?  
RAMÓN. A echar una mirada  
a las oficinas; luego,

al Círculo...

CARLOS.                   Pues bien: antes...,  
si quisieras encargar  
a mi joyero un collar...

RAMÓN.¿Un collar...?

CARLOS.                   Sí, de brillantes.

Precio... límite no pongo.

RAMÓN.¿Es tal vez para María?

CARLOS.Resistía... y resistía...

RAMÓN.¿Y cederá?

CARLOS.                   Lo supongo.

(Pausa.)

Ella vive en la pobreza,  
respira un hálito impuro...  
y es, Ramón, yo te lo juro,  
un portento de belleza.

El mal jamás de su frente

empañó la luz serena:

es hermosa como Elena,

y como Elena inocente,

RAMÓN.Y tú por refinamiento

de esta imposible pasión,

buscas la compensación

siquiera en el pensamiento...

CARLOS.¿Dónde va tu fantasía?

RAMÓN.De Elena fruto prohibido...

CARLOS.Basta ya.

RAMÓN.                   ¿Te he comprendido?

CARLOS.Basta ya.

RAMÓN.                   ¡Pobre María!

CARLOS.Presa de inmenso valor:

¡qué divina languidez,

y qué mirada, y qué tez!

¡Es un tesoro de amor!

¡Allí en monótona calma,

allí en silencio profundo,

ignora que hay en el mundo

dichas que abrasan el alma!

¡Sus grandes y azules ojos,

y su blonda cabellera,

y la sonrisa hechicera

de sus bellos labios rojos...!

RAMÓN.(Mirando a la puerta de la izquierda.)

No te remontes, que al suelo

de un golpe vas a caer.

CARLOS.¿Por qué?

RAMÓN.                   Porque tu mujer

se acerca.

CARLOS.¡Válgame el Cielo!

(Cae desplomado en el sofá. DON RAMÓN queda a su lado como

cubriéndole con su cuerpo y mirando hacia la izquierda.)

RAMÓN.(Volviendo ha cabeza hacia CARLOS.)

¿Llegaste a tierra?

CARLOS. Expirante

llegué por la conmoción.

RAMÓN.Pues mira, tendrás sermón,

se lo noto en el semblante.

Escena VIII

DON CARLOS, DON RAMÓN y DOÑA TERESA.

TERESA.(A CARLOS.)

Un momento deseaba

hablar a solas contigo,

si permite nuestro amigo...

(CARLOS se levanta.)

RAMÓN.En este instante marchaba.

(DON RAMÓN saluda y sale por la puerta de las oficinas.)

Escena IX

DOÑA TERESA y DON CARLOS.

TERESA.Quisiera, Carlos, hablarte

de un asunto...

CARLOS. ¿De interés?

TERESA.Pienso que sí.

CARLOS. Vaya, pues  
comienza.

TERESA. Puedes sentarte.

(CARLOS mira con cierto espanto cómico a su mujer, y con aire resignado se sienta en el sofá.)

CARLOS.(Aparte.)

Esta precaución me aterra.

(Alto.)

¿Tan largo ha de ser el diálogo?

(Aparte.)

Recuerdo otro muy análogo...

(Alto.)

¿Vienes de paz... o de guerra?

TERESA.De Dios...

CARLOS. ¡Qué solemnidad!

TERESA.En el nombre...

CARLOS. Tengo miedo.

(Encogiéndose en el sofá)

TERESA.(Impaciente.)

No de mí, sino de Alfredo

se trata.

CARLOS. ¡Oh felicidad!

Ven a sentarte a mi lado.

TERESA.Gracias, Carlos, bien estoy.

CARLOS.Por más que me digas, hoy  
está el cielo encapotado.

TERESA.Perdona.

CARLOS.(Aparte.)

Vencí en la lid.

TERESA.Nuestro Alfredo...

CARLOS. Que me place.

Llegamos al desenlace.

TERESA.Pronto volverá a Madrid.

Su porvenir...

CARLOS. Me interesa

más que a ti.

(Pausa. CARLOS se recuesta negligentemente en el sofá y medita algunos momentos.)

Duque le haré.

Y después... le casaré...

TERESA.¿Con quién?

CARLOS. ¡Con una princesa!

TERESA.A veces un contratiempo,  
el plan mejor combinado...

CARLOS.(Aparte.)

Para hablarle de Alvarado  
y de Lola siempre hay tiempo.

(Alto.)

Desde el imperio del zar  
a la potente Inglaterra,  
no hay un pedazo de tierra,  
ni existe un rincón del mar,  
en que no logre escoger  
para mi heredero esposa,  
por muy noble o muy hermosa  
que la dama pueda ser.

TERESA.Mucho crece tu esperanza,  
y mil afanes preveo.

CARLOS.No hay vallas para el deseo,  
y mucho mi nombre alcanza.

TERESA.Inspiración de Luzbel,  
también se elevó en la altura  
la soberbia arquitectura  
de la torre de Babel.

CARLOS.(Con ironía.)

¡Superlativa ambición!

¡«Subir» de la tierra al cielo!

Hoy «bajamos» desde el suelo  
a las minas de carbón;

y feliz el que su planta  
a quinientos metros hunde;

Dios al soberbio confunde  
y a los humildes levanta.

Y por eso las primeras  
entre «acciones» meritorias,  
y prescindiendo de escorias,  
son las «acciones»... mineras.

Mas yo, Teresa, pregunto:

¿Consideras necesario  
este exordio extraordinario?

TERESA.No en verdad.

CARLOS.(Mirando el reloj.)

Pues al asunto.

(Comienza lentamente a oscurecer, y al terminar la escena es casi de  
noche.)

TERESA.Trastornar tus planes siento,  
pero tengo yo también  
los míos; que con desdén  
quizá en el primer momento  
escucharás de mi labio,  
pero que con ser humildes,  
y aunque de vana me tildes,  
te aseguro, sin agravio  
a tu magnífica empresa,  
que valen más para mí  
que un título baladí  
y una extranjera princesa.

CARLOS.¿Y es tu proyecto?

TERESA. Casar  
a nuestro Alfredo...

CARLOS.(Incorporándose.)

¿Con quién?

TERESA.Con la que es su dulce bien.

CARLOS.¿Y ese bien tan singular...?

(Con alguna impaciencia.)

TERESA.¿No adivinas?

CARLOS. No adivino  
el nombre de la sirena.

TERESA.Con un ángel: con Elena.

CARLOS.(Se levanta, dando una carcajada ; DOÑA TERESA se levanta  
también.)

¡Soberano desatino!

TERESA.Se tienen, Carlos, amor.

CARLOS.¡La razón es poderosa!

TERESA.Es Elena muy hermosa...

¡Y has cambiado de color!

¿Por qué, di, tu amarillez  
va creciendo?

CARLOS. ¡De impaciencia!

TERESA.Las manchas de la conciencia  
empalidecen la tez.

CARLOS.No te comprendo.

TERESA. Pues yo  
sospecho, Carlos, que sí.

Ya mi palabra les di,

y será su esposa.

CARLOS. No.

(Pausa.)



una carta, pero en sus ademanes muestra gran vacilación.)

TERESA. Un momento; seré breve.

CARLOS. (Aparte.)

¿Qué papel será?

(Impacientándose.)

¡Teresa!

TERESA. Bien sabe Dios que me pesa,  
pero es forzoso.

(Aparte.)

El aleve

amaga del hijo mío

a la dicha ¡Qué dudar!

CARLOS. ¿Así nos vamos a estar?

TERESA. (Aparte.)

¡Me irrita su acento frío!

(Pausa. Alto.)

Tu retrato comenzamos,

pero algo falta a mi ver:

lo que no supiste hacer

lo haré yo.

CARLOS. Pues concluyamos.

TERESA. A la luz divina ciego,

sin alma y sin corazón,

fuego tus sentidos son

y es tu cabeza de fuego.

Sordo a la voz del deber,

tu conciencia es un abismo,

y gobiernan tu egoísmo,

el orgullo y el placer.

No amaste, Carlos, jamás;

en ti murió el sentimiento,

y es en ti el remordimiento

una palabra no más.

¡Hombre mármol, maravilla

que yo sola comprendí,

nunca una lágrima vi

en tu pálida mejilla!

(Acercándose a él y hablándole casi al oído y en voz muy baja.)

¡Qué más, Carlos...! ¡No lloraste

cuando tu madre murió!

CARLOS. (Amenazador.)

¡Teresa!

TERESA. Lo he visto yo.

La hipócrita mano alzaste

de los ojos a los huecos;

amorosa te quité

la mano, Carlos, y hallé

que estaban tus ojos secos.

CARLOS. (Sin poder contenerse.)

¡Prudente será que ceses!

TERESA.Miento: tus ojos lloraron  
una vez, que te engañaron  
en una venta de treses.

CARLOS.Negras tintas tu pincel  
sobre mi retrato arroja.

TERESA.Es mi paleta la hoja  
sangrienta de este papel.  
(Mostrándole la carta.)

Con cariño y con afán,  
dignos de empresas, mayores,  
de los tuyos, servidores  
fueron los padres de Juan.  
Él mismo -de acción tan bella  
nunca mi mente se olvida-

salvó a tu padre la vida  
en el sitio de Morella.  
Un hijo tuvo el anciano,  
un hijo a quien adoraba,  
en quien su dicha cifraba,  
y tú con potente mano,  
al hijo del pobre Juan,  
debo hacerte esta justicia,  
elevaste, en la milicia  
y le hiciste capitán.

pero es tu pecho de roca,  
y al fin llegó... ¡Tengo frío  
en el corazón, Dios mío,  
y se me seca la boca!

CARLOS.De una vez concluye.

TERESA. Espera.

En una inmensa jugada  
de Bolsa está empeñada,  
Carlos, tu fortuna entera.  
¡La baja o tu perdición!

CARLOS.Y ¿qué más?  
(Con ansiedad.)

TERESA. Ya no dudaste,  
y al pobre Ernesto lanzaste  
a sangrienta rebelión.

(Pausa. DON CARLOS parece vencido por este recuerdo, pero al fía  
levanta la cabeza con energía.)

CARLOS.Le fue el Destino fatal;  
de haberle propicio sido  
se hubiera Ernesto ceñido  
la faja de general.

¿Acabó la historia?

TERESA. Empieza;  
contraria le fue la suerte,  
y una sentencia de muerte  
cayó sobre su cabeza.

Acudió a ti suplicante,  
de ti esperó salvación...  
(Acercándose a CARLOS, poniéndole la mano, sobre el pecho mirándole fijamente.)

¡No late tu corazón!

¡No hay sangre en ese semblante!

CARLOS.Hubiera sido imprudente...

TERESA.Comprometerte temiste;

le abandonaste y huiste

de España cobardemente.

CARLOS.¿Y cuál la prueba, el indicio...?

TERESA.¡Aun aquí su llanto brilla,

Y está escrita en la capilla

horas antes del suplicio!

(Pausa.)

CARLOS.Esa pintura horrorosa

que desprecio y no me altera,

bien pudo hacerla cualquiera,

cualquiera menos mi esposa.

TERESA.¡Pues que tuya llegué a ser,

como tu esposa cumplí!

CARLOS.Lo sé.

TERESA. Pero no por ti,

ni por amor: por deber.

CARLOS.Y bien, ¿entonces...?

TERESA. De Alfredo

quiero asegurar la dicha;

de ese anciano la desdicha

mitigar.

CARLOS. Y yo no puedo.

TERESA.¿No conoces?

CARLOS.(Sin querer oír.)

No conozco.

TERESA.Arrebató a ese anciano

esa carta, fue villano

proceder: lo reconozco.

Pero supe por Ernesto

tu conducta desleal;

y como remedio al mal

guardé ete papel funesto.

Un hijo por ti perdió:

(Señalando hacia dentro.)

dale en Alfredo otro hijo.

CARLOS.Imposible.

TERESA. Yo lo exijo.

¡Cede, Carlos, cede!

CARLOS. No.

TERESA.Has de pensar que soy madre;

que ya mi paciencia se harta...!

¡Si Alfredo viera esta carta!

¡Si supiera que su padre...!

CARLOS.(Acercándose con profunda ansiedad a TERESA.)

¡Pero no debe saberlo!

TERESA.Ni yo intento revelarlo.

CARLOS.Tú debieras olvidarlo.

TERESA.Y tú presente tenerlo.

CARLOS.¡Venga esa carta!

(Con energía.)

TERESA. Jamás.

CARLOS.La necesito: ¿prefieres  
que te la arranque?

TERESA. ¿Cual eres  
al fin a mostrarte vas?

CARLOS.¡Teresa!

(Acercándose a ella.)

TERESA.¡Carlos!

(Retrocediendo.)

CARLOS. ¡La carta!

TERESA.¿Osarás?

CARLOS. Soy caballero,

(Deteniéndose, mudando de tono y afectando galantería.)

no temas, pero la quiero,

y tú eres dócil.

(Acercándose más.)

TERESA. Aparta.

CARLOS.Si ese papel de tu mano

por desventura saliese;

si casualmente cayese

en poder de algún villano

enemigo de mi fama,

fuera hoy arma peligrosa.

Es preciso.

(Procurando coger la carta.)

TERESA. Soy tu esposa.

CARLOS.Tanto mejor.

(Riendo.)

TERESA. ¡Y soy dama!

CARLOS.La mujer en su pasión

tiene caprichos de niño;

pero al niño con cariño

se le llama a la razón.

¡Teresa!

(DON CARLOS la coge de la mano y la besa con galantería; después  
procura apoderarse de la carta. La escena, casi a oscuras.)

TERESA. No; ¡gritaré!

CARLOS.¡Es de mal tono! ¡Dios mío!

(Riendo.)

En tu prudencia confío

y la carta... la tendré.

¡Eres tan buena!

Escena X

DOÑA TERESA, DON CARLOS, ELENA y DON JUAN. Los dos últimos entran

precipitadamente por la puerta del fondo; DON JUAN trae una luz, que deja sobre una de las consolas. Los movimientos de la escena anterior habrán traído a DOÑA TERESA hasta el sofá de la derecha.

ELENA. ¡Madrina!

CARLOS.(Aparte.)

¡Qué oportuna...! Pero yo...

(DON CARLOS Se separa hacia la izquierda. ELENA y DON JUAN se acercan, poseídos de gran agitación, a DOÑA TERESA.)

ELENA.¡No sabes...! ¡Ahora llegó...!

¡Ay, qué ventura...! ¡Adivina!

¡Respirar apenas puedo...!

JUAN.¡Gozo más inesperado...!

ELENA.¡Beltrán, madrina, ha llegado...!

JUAN.¡Beltrán!

TERESA. ¡Beltrán...! ¿Y mi Alfredo?

ELENA.¡Ya viene, sí...!

TERESA. ¡Virgen mía!

(DOÑA TERESA vacila y cae desvanecida en el sofá. La carta de EVARISTO se le desprende de la mano y cae al suelo.)

ELENA.¡Madre, madre...!

JUAN. La emoción...

(La sostiene en el sofá, y coge la carta del suelo.)

Este papel...

CARLOS.(Aparece, y sin observar el movimiento de DON JUAN.)

¡Qué ocasión!

(Alto.)

Pronto, llama...

(A DON JUAN. Se acerca DON CARLOS para sostener a DOÑA TERESA.

DON

JUAN se separa y va a la puerta del fondo, pero llevando la carta.)

ELENA.(A DON CARLOS.)

La alegría...

CARLOS.(Aparte. Cogiendo una mano de TERESA y buscando la carta con afán.)

¿Dónde estará?

JUAN. ¡Juana! ¡Inés...!

ELENA.¡Vuelve en ti, madre!

CARLOS.(Buscando siempre.)

¡Teresa!

JUAN.(Aparte, mirando el papel.)

Lo pondré sobre la mesa

tal como estaba; y después...

(Se dirige a la mesa en que dejó la luz, y pone sobre ella la carta abierta, pero al retirarse se fija en ella involuntariamente.

Aparte.)

¡Rota a lo largo...! ¡Qué miro...!

¡Como aquélla!

(Se acerca y se aleja alternativamente, sin atreverse a coger la carta.)

ELENA. ¡Madre amada!

CARLOS.(Aparte, mirando al suelo)

Pues, señor, evaporada.

TERESA.Alfredo...

(Volviendo en sí.)

JUAN.(Aparte.)

¡No! ¡Yo deliro!

(Vacila algunos momentos, pero al fin coge la carta y empieza a leer.)

ELENA.¡Viene el hijo de mi amor!

JUAN.(Aparte.)

¡Al fin está en mi poder;

al fin La voy a leer

a solas con mi dolor!

(Sale precipitadamente por la izquierda, llevándose la luz.)

Escena XI

DOÑA TERESA, ELENA y DON CARLOS.

ELENA.¡Madre mía!

TERESA. Dame un beso.

ELENA.Yo no sé lo que me pasa.

CARLOS.Nos dejó a oscuras. ¡Qué casa!

Todos han perdido el seso.

(Aparte.)

¡Y no la puedo encontrar!

¿Para qué querrá escribir  
un hombre que va a morir?

Sólo para molestar

a los que en aquel abismo

con más prudencia o más suerte

escapamos de la muerte.

¡Pero, señor, qué egoísmo!

ELENA.Es un coche.

(Todos se levantan. DOÑA TERESA y ELENA se precipitan al balcón; DON CARLOS busca de nuevo la carta.)

Ver no puedo...

TERESA.¿Qué rumor?

ELENA. ¡Aquí han entrado!

TERESA.¡Él es!

ELENA. ¡Él...!

TERESA. ¡Hijo adorado!

Ven, Elena, ven...

(Se dirige precipitadamente a la puerta del fondo. DON CARLOS se asoma al balcón.)

Escena XII

DOÑA TERESA, ELENA, DON CARLOS, ALFREDO, DON RAMÓN y CRIADOS con

luces. ALFREDO se presenta en la puerta precedido de criados. DON

RAMÓN aparece en la puerta de las oficinas y se reúne a DON CARLOS.

DOÑA TERESA y ELENA se precipitan hacia ALFREDO. DON CARLOS y DON

RAMÓN se acercan con más lentitud.

TERESA. ¡Mi Alfredo!

ALFREDO. ¡Madre!

(Se abrazan apasionadamente.)

¡Elena!

(Cogiéndole las dos manos.)

TERESA. ¡Hijo querido!

ELENA. ¡Al fin!

TERESA. Paga este momento

dos años de sufrimiento

que siglos para mí han sido.

(Se abrazan de nuevo.)

ALFREDO. ¡Padre!

(Se abrazan.)

CARLOS. ¡Soberbia presencia!

(Mirándole con orgullo. ALFREDO estrecha la mano de DON RAMÓN y de nuevo se dirige a su madre y a ELENA.)

Ya le educaremos...

(A RAMÓN.)

RAMÓN. Justo.

A tus mañas y a tu gusto.

CARLOS. Y con mi gran experiencia...

ALFREDO. ¡Madre del alma! ¡Y tú, Elena!

¡Aún de luto...! ¡Desgraciado!

ELENA. ¡Cuánto en tu ausencia he llorado!

ALFREDO. ¿Y don Juan?

ELENA. Muere de pena.

Escena XIII

DICHOS y DON JUAN. Éste aparece en la puerta de la izquierda, pálido, descompuesto y agitando la carta en su mano convulsa.

ALFREDO. ¡Vengan los brazos!

(A DON JUAN.)

JUAN. ¡Aparta!

¡Tienes sangre de ese Judas!

(Señalando a DON CARLOS.)

CARLOS. ¿Qué estás diciendo?

JUAN. ¿Lo dudas?

¡Mira, infame!

(Se dirige a DON CARLOS y le acerca la carta al rostro.)

CARLOS. ¡Juan!

TERESA. (Precipitándose entre ambos.)

¡¡¡La carta!!!

(Quedan los personajes en el orden siguiente: DOÑA TERESA, DON CARLOS y DON JUAN, formando grupo: DOÑA TERESA, entre ambos, que

se

miran coléricos. ELENA y ALFREDO forman otro grupo y contemplan con estupor esta escena. DON RAMÓN, aparte. Los CRIADOS que trajeron las luces observan con curiosidad.)

## TELÓN

### Acto segundo

La misma decoración del acto primero.

#### Escena I

DON CARLOS, ALVARADO, BANQUERO 1º, BANQUERO 2º y  
BANQUERO 3º, DON

CARLOS y ALVARADO, a la derecha. Los tres BANQUEROS, formando un grupo a la izquierda.

ALVARADO. ¿Y conoce Alfredo ya...?

CARLOS. Vamos, don Luis, en confianza:

Alfredo está enamorado

de Lola.

ALVARADO. ¿De veras?

CARLOS. ¡Vaya!

ALVARADO. Gran placer, mi buen amigo,  
esa noticia me causa.

Los negocios no secaron  
en mi corazón las santas  
ilusiones de la vida,  
y el lazo que una a dos almas  
debe fundarse a mi ver  
en el amor.

CARLOS. ¡Cosa clara!

(Aparte.)

¡Cómo pudo hacer fortuna  
con tales extravagancias!

(Siguen hablando en voz baja.)

Grupo de los BANQUEROS.

BANQUERO 3º. Por más que diga don Carlos,  
Urrutia no es de confianza.

BANQUERO 1º. Pero Alvarado, ¿es seguro?

BANQUERO 2º. (Con misterio.)

Lola y Alfredo se casan.

BANQUERO 1º. ¿Tú sabes...?

BANQUERO 2º. Muere de amor  
la divina mejicana.

BANQUERO 3º. ¿Y dónde se conocieron?

BANQUERO 2º. En París...

BANQUERO 3º. ¿Y ésta es la causa  
de que el padre dé su ayuda  
a don Carlos en jugada  
de tanto riesgo?

BANQUERO 2º. Cabal.

BANQUERO 1º. ¡Tiene don Luis grande el alma!

#### Escena II

DICHOS y DON RAMÓN, por el fondo.

RAMÓN. Señores...

(Saludando.)

CARLOS.(A DON RAMÓN.)

¿Noticias?

RAMÓN. Buenas.

La Bolsa prosigue en alza.

BANQUERO 2º.El empréstito será

el asombro de la Banca.

CARLOS.(A DON RAMÓN.)

¿Me trajiste los brillantes?

RAMÓN.Aquí están.

(Saca un estuche y se lo entrega a DON CARLOS, que, con el estuche en la mano, se dirige a la izquierda; los tres BANQUEROS lo rodean y miran el collar con interés. DON RAMÓN se acerca a DON LUIS, y los dos hablan en voz baja, a la derecha.)

CARLOS. Muy bien. Me agradan.

BANQUERO 1º.¡Es una cinta de fuego!

¡Cada brillante es un ascua!

CARLOS.¿Y el precio?

(Volviéndose a DON RAMÓN.)

BANQUERO 3º. Caros serán.

RAMÓN.(Interrumpiendo su conversación con ALVARADO, y sin separarse de éste se vuelve hacia DON CARLOS.)

Quince mil duros; y gracias.

(Sigue hablando con ALVARADO.)

CARLOS.(Aparte.)

¡Demonio!

(Alto.)

Pues son baratos,

(DON CARLOS se separa de los BANQUEROS, dejándoles el collar, y se aproxima a DON RAMÓN y a ALVARADO. De este modo, los personajes forman dos grupos: a la izquierda, los tres BANQUEROS; a la derecha, DON CARLOS, DON RAMÓN y ALVARADO; estos tres últimos hablan en

voz

baja y comparan notas.)

BANQUERO 1º.¡Qué reflejos!

(Mirando el collar.)

BANQUERO 3º. ¡Qué mudanzas!

BANQUERO 2º.Ya será la rica joya

para alguna buena alhaja.

BANQUERO 1º.Son para Julia Fernández.

BANQUERO 3º.Son para Carlota Vargas.

BANQUERO 1º.Yo lo sé por el joyero.

BANQUERO 3º.Pues el joyero te engaña;  
es Carlota la que priva.

BANQUERO 1º.¡Qué historia tan atrasada!

BANQUERO 2º.¡Este Carlos es el diablo!

BANQUERO 3º.¡A mí es hombre que me encanta!

(Los tres BANQUEROS siguen hablando. ALVARADO se separa de DON CARLOS, y con unas notas en la mano se aproxima a los tres BANQUEROS. Dejan éstos el collar sobre la mesa y hablan en voz baja

con DON LUIS. A la derecha, DON CARLOS y DON RAMÓN.)

CARLOS. ¿Como sigue Juan?

RAMÓN. Mejor.

Hoy mismo deja la cama.

CARLOS. Es un desatino; en ella  
mucho más tranquilo estaba.

Siempre tendremos alguna  
escena melodramática.

RAMÓN. ¿Y Alfredo sospecha?

CARLOS. Al menos  
duda, y si viera esa carta...

Tal vez, Ramón, no lo creas,

pero el pensarlo me espanta.

¡Flaquezas...! ¡Debilidades...!,

le he pedido esta mañana

a Juan...

RAMÓN. ¿Alguna entrevista?

CARLOS. ¡Quiere marcharse de casa

y quiere llevarse a Elena!

(Sigue hablando en voz baja.)

Escena III

DICHOS, ALFREDO y ANSELMO, por el fondo.

ALFREDO. (A ANSELMO)

Háblale: valor.

ANSELMO. Es vana

mi súplica. Le conozco.

ALFREDO. (Acercándose al grupo que forman DON CARLOS y DON

RAMÓN.

Detrás de ALFREDO, se acerca con desconfianza ANSELMO.)

Padre...

CARLOS. (Volviéndose.)

Alfredo...

ANSELMO. Señor...

CARLOS. Basta.

Te dije que es imposible.

ANSELMO. Veinte años en vuestra casa...

CARLOS. Trabajaste y te pagué.

He suprimido tu plaza;

lo siento, pero es preciso;

Dios te ampare en tu desgracia.

RAMÓN. Vamos, Carlos.

(Suplicando.)

ALFREDO. Si mi ruego...

CARLOS. Inútil. Son necesarias  
severas economías.

ANSELMO. (Con violencia.)

¡Es decir, que nada alcanzan!

CARLOS. Mi casa no es un hospicio,  
es una Casa de Banca.

(DON CARLOS se separa del grupo de la derecha y se acerca al de la

izquierda. ALVARADO se separa igualmente del grupo de BANQUEROS y sale al encuentro de DON CARLOS.)

ALVARADO.(A DON CARLOS.)

Quisiera que combinásemos ciertos detalles que aún faltan.

CARLOS.Pues pasemos al despacho.

Señores...

(Despidiéndose de los BANQUEROS, DON CARLOS y DON LUIS se dirigen

a

la derecha, primer término. Los BANQUEROS quedan siempre a la izquierda. ALFREDO, y DON RAMÓN, consolando y conteniendo a

ANSELMO.)

ANSELMO.(Aparte, al ver alejarse a DON CARLOS.)

¡Maldita raza!

CARLOS.(A DON RAMÓN.)

Déjame sobre la mesa el collar, que con más calma he de volver para verlo.

ANSELMO.(Aparte.)

¡Miserable!

ALFREDO. No te vayas.

A mi madre acudiré; en mi madre ten confianza.

(Sale ALFREDO por la izquierda.)

ANSELMO.(Aparte.)

En todos confiando voy y nadie seca mis lágrimas.

(Salen DON CARLOS, DON LUIS y DON RAMÓN por la derecha.)

Escena IV

Los tres BANQUEROS; separado de ellos, triste y pensativo, ANSELMO.

BANQUERO 1º.¡Es un hombre prodigioso!

BANQUERO 3º.¡Qué actividad, qué talento!

BANQUERO 2º.Él se siente en su elemento en este vertiginoso torbellino de la corte.

BANQUERO 1º.¿Y el empréstito?

BANQUERO 2º. Se hará.

BANQUERO 1º.Él sabe por dónde va.

BANQUERO 3º.Él jamás pierde su norte.

BANQUERO 1º.Nada basta a sus ardores: ni el mundo con sus placeres, ni con su amor las mujeres, ni el arte con sus primores.

BANQUERO 2º.Y a propósito, ¿sabéis el gran escándalo?

BANQUEROS 1º y 3º. No.

BANQUERO 2º.Pues, señores, lo sé yo.

BANQUERO 3º.¡Bravo!

BANQUERO 1º. Sepamos...

BANQUERO 2º.(Como dudando.)

Ya veis...,

no sé si debo...

BANQUERO 1°. Callar  
te prometemos lo mismo  
que muertos.

BANQUERO 3°. Soy un abismo.

BANQUERO 1°. Conque nos vas, a contar  
con gran reserva...

BANQUERO 2°. Decid.  
que sólo vosotros...

BANQUERO 1°. ¡Pues!  
(Aparte.)

Ya son las dos; a las tres

lo sabe todo Madrid,

BANQUERO 2°. (Bajando la voz con misterio.)

Me lo contó mi lacayo,

y a mi lacayo Julián,

que a más de ser un truhán

charla como un papagayo.

Como os estoy viendo ahora

vio Julián toda da escena;

vio la turbación de Elena

y el llanto de su señora.

Vio a don Juan enfurecido,

con una carta en la mano,

gritar a voces: «¡Villano!»,

y a don Carlos confundido.

Juan enfermó...

BANQUERO 1°. Ya lo sé.

BANQUERO 2°. Doña Teresa está triste...

La pobre Elena resiste...

BANQUERO 3°. ¿Resiste...?

BANQUERO 2°. Sí.

BANQUERO 1°. Pero ¿qué?

BANQUERO 2°. ¿No habéis comprendido?

BANQUERO 1°. No.

BANQUERO 2°. Pues siempre es el mismo drama:

galán, padre, carta y dama.

¡Cien veces lo he visto yo!

(Continúan los tres BANQUEROS hablando en voz baja.)

ANSELMO. (Aparte.)

Están hablando de Juan....

y de Elena el nombre oí...

BANQUERO 1°. No lo creo.

BANQUERO 3°. Pues yo sí.

BANQUERO 2°. Siempre buscáis con afán...

¿Supones tú que don Carlos?

(Al BANQUERO 2°.)

con su amor persigue a Elena?

BANQUERO 2°. Bien lo dice aquella escena.

ANSELMO.(Aparte.)

Si yo pudiera escucharlos.

BANQUERO 3°.Historia nueva y curiosa.

BANQUERO 1°.¡Decir debes repugnante!

BANQUERO 2°.Es don Carlos muy galante.

BANQUERO 3°.Y la dama muy hermosa.

BANQUERO 1°.Es imposible.

BANQUERO 3°. No tal.

BANQUERO 1°.¿Tú sospechabas...?

BANQUERO 2°. ¿Sabías...?

(El BANQUERO 3° hace una señal afirmativa.)

Pues ¿por qué no lo decías?

BANQUERO 3°.Por reserva natural.

Don Carlos.... vamos..., no sé

si debo decirlo...

BANQUERO 2°. Claro.

BANQUERO 3°.Tengo... así... cierto reparo.

BANQUERO 2°.¿Qué sospechas? Vamos, ¿qué?

BANQUERO 3°.¿Veis esos brillantes?

BANQUEROS 1° y 2°. Sí.

BANQUERO 3°.Antes buscábamos...

BANQUEROS 1° y 2°. ¡Ah!

BANQUERO 3°.Quién era la dama.

BANQUEROS 1° y 2°. ¡Ya!

BANQUERO 3°.¿Si estará la dama aquí?

BANQUERO 1°.Y Juan se acomoda...

ANSELMO.(Adelantándose.)

No.

BANQUERO 2°.¿Te quedaste?

BANQUERO 3°. ¿Has escuchado?

ANSELMO.Juan es pobre, pero honrado;

tan honrado como yo.

Blancos, sus cabellos son,

como blancos son los míos;

pero aún tienen muchos bríos

el suyo y mi corazón.

BANQUERO 1°.Silencio, que viene Juan.

BANQUERO 2°.Sometamos a un ensayo

el cuento de mi lacayo

y la historia de Julián.

ANSELMO.(Aparte.)

¡Ah don Carlos, mi dolor

no desarrugó tu ceño!

¡No hay enemigo pequeño

cuando le inspira el rencor!

Escena V

Los tres BANQUEROS, ANSELMO y DON JUAN. Este último, por la izquierda.

JUAN.Señores.

BANQUERO 3°. Venga esa mano.

BANQUERO 1°. Otra vez tan bueno y tan...

BANQUERO 2°. Así me gusta, don Juan;  
siempre fuerte un veterano.

JUAN. ¿Don Carlos...?

BANQUERO 2°. Ha de volver

muy en breve, pues dejó  
esta joya que compró  
y que aún no ha podido ver.

(Coge el collar y aparenta que lo examina con interés.)

JUAN. Entonces aquí le aguardo.

BANQUERO 2°. (Al BANQUERO 1°)

¡Repara bien qué brillantes,  
qué pureza y qué cambiantes...!

(A los BANQUEROS 1° y 3°.)

Voy a disparar el dardo.

(A DON JUAN.)

¡Esto es vivir y gozar!

¿Qué garganta alabastrina  
ceñirá la luz divina

de este espléndido collar?

¿Cuál femenil corazón,

según añeja costumbre,

encenderá en esta lumbre

el fuego de su pasión?

¿Quién los tiernos sentimientos

podrá rechazar, don Juan,

del generoso galán

que en tan buenos argumentos

sus pretensiones apoya?

¿Nada se cuenta en la Caja,

ni de aquella buena alhaja

ni de aquesta rica joya?

JUAN. Nada en la Caja se cuenta,

mientras en la Caja estoy.

BANQUERO 2°. Pues estos brillantes hoy

dan que hablar. Y se comenta...

y se dice... que ha encontrado

don Carlos otra belleza.

JUAN. Alguna nueva vileza.

BANQUERO 2°. (Aparte, a los BANQUEROS 1° y 3°.)

¿Si en el blanco habremos dado?

BANQUERO 1°. (Aparte, a los BANQUEROS 2° y 3°.)

Basta ya.

BANQUERO 2°. ¿Quién podrá ser?

BANQUERO 3°. Será joven.

BANQUERO 2°. Será hermosa.

BANQUERO 3°. ¡La favorita dichosa!

BANQUERO 2°. ¡La afortunada mujer!

JUAN. Al fulgor extraordinario

de este soberbio collar,

al cabo veréis brillar  
su vil rostro mercenario.

BANQUERO 2º. ¡Lo dijo con tal pasión!

BANQUERO 3º. ¡La viga en el ojo ajeno!

BANQUERO 2º. ¡Bueno está el mundo!

BANQUERO 1º. Sí, bueno.

ANSELMO. (Aparte, a DON JUAN.)

Basta de conversación.

BANQUERO 2º. (Aparte, a los otros dos.)

Silencio, viene el galán.

BANQUERO 1º. Silencio; demos un corte.

BANQUERO 2º. (A DON JUAN.)

Para victorias, la corte.

Escena VI

Los tres BANQUEROS, ANSELMO y DON CARLOS. El último, por la  
derecha,

primer término.

CARLOS. Señores..., amigo Juan...

(DON CARLOS saluda naturalmente a JUAN y se acerca a los BANQUEROS.)

Los personajes quedan en el orden siguiente: DON CARLOS y los

BANQUEROS, a la derecha; ANSELMO y JUAN, a la izquierda.)

JUAN. (Aparte, a ANSELMO.)

Nada les comprendo.

ANSELMO. (Ídem, a JUAN.)

Pues

ya te explicaré.

CARLOS. (A los BANQUEROS.)

Alvarado

los aguarda.

BANQUERO 2º. (A DON JUAN, despidiéndose.)

Buen soldado.

BANQUERO 1º. (Lo mismo.)

Hasta luego.

BANQUERO 3º. (Ídem.)

Hasta después.

(Los BANQUEROS 1º, 2º y 3º. salen por la puerta que conduce al  
despacho de Don Carlos, después de hablar con éste algunos  
instantes.)

ANSELMO. (Aparte.)

Si la venganza me incita.

si en odio el cariño trueco,

¿por qué no he de ser el eco

que sus infamias repita?

(A JUAN)

Te espero... y yo te, diré

JUAN. ¿Dónde?

ANSELMO. Allá dentro te aguardo.

JUAN. Mas si por acaso tardo...

ANSELMO. No importa; te esperaré.

(Sale ANSELMO por la izquierda.)

Escena VII

DON CARLOS y DON JUAN.

CARLOS.(Aparte.)

En verdad que no me siento  
tranquilo al lado de Juan.

JUAN.(Aparte.)

Quisiera calmar mi afán.  
y calmar mi pensamiento.

CARLOS.¿Deseabas hablarme?

JUAN. No.

(Movimiento de sorpresa de DON CARLOS.)

Usted, señor, me ha llamado.

CARLOS.¡Justo...! Lo había olvidado.

Cien ideas llevo yo  
en mi cabeza.

JUAN. ¡Es fortuna.

y por mí, señor, lo infiero:  
por más que olvidarla quiero.  
en mi mente sólo hay «una»!

CARLOS.(Aparte.)

No me doy por entendido,  
aunque adivino cuál sea  
esa malhadada idea.

(Pausa. DON CARLOS observa con interés a DON JUAN.)

¡Infeliz...!, ¡mucho has sufrido!

Dicen que quieres partir  
y que me guardas rencor.

JUAN.En esta casa, señor,

¿de qué puedo ya servir?

Ya se oscurece mi estrella,  
ya ni valgo ni aprovecho.

La sangre que de mi pecho,  
por vuestro padre en Morella,

cuando junto a mí luchaba

y mi cuerpo le cubría,

con entusiasmo vertía

y con placer derramaba,

con años de tanto afán

secóse en mis viejas venas:

dejad que llore sus penas

a solas el pobre Juan.

CARLOS.¿Y piensas dejarnos?

JUAN. Sí.

CARLOS.¿Con Elena?

JUAN. ¿Por qué no?

CARLOS.Pues mira, pensaba yo  
que mejor quedaba aquí.

JUAN.Doña Teresa, cual madre  
fue para Elena...

CARLOS. Por eso.

JUAN. Con gratitud lo confieso,  
pero al fin yo soy su padre.

(Pausa.)

CARLOS. ¡Que nada, por más que lucho,  
tu terco designio quiebre!

JUAN. Entre el insomnio y la fiebre  
a veces se piensa mucho.

CARLOS. ¿Pensaste?

JUAN.                   Que he de partir.

CARLOS. (Imperturbable.)

¿Y la razón?

(DON JUAN le mira algunos instantes con asombro, y al fin dice con ironía.)

JUAN.                   Un capricho.

CARLOS. Di la verdad.

JUAN.                   Ya la he dicho,  
mas la voy a repetir.

De dos razas, a mi ver,  
distintas somos, señor:  
a una persigue el dolor,  
goza la otra del placer,  
y en toda triste jornada,  
y en todo supremo instante,  
la de usted queda triunfante;  
la mía, sacrificada.

Ya cumplí mi obligación,  
pagué sangriento tributo,  
en el alma llevo luto,  
luto lleva el corazón;  
usted... queda en su palacio,  
y aunque lo sienta perder,  
quiero entre los dos poner  
mucha tierra y mucho espacio.

CARLOS. (Acercándose.)

Mi buen Juan...

JUAN. (Retrocediendo.)

Yo nada exijo.

CARLOS. ¡Me hablas con tal amargura!

JUAN. ¿Usted sabe por ventura  
lo que es el perder un hijo?

(Acercándose a DON CARLOS y mirándole atentamente. Aparte.)

Lo ignora, sí, que la cara  
lo dice. ¿Si lo supiera,  
lo que hizo con él hiciera  
o ante mí se presentara?

CARLOS. Oye, Juan...

JUAN.                   No puedo oír;  
preciso es que aquí acabemos:  
por última vez nos vemos.

CARLOS. ¿Por qué?

JUAN.                    Porque he de partir.  
Le conviene a usted señor,  
(Procurando contenerse.)  
le conviene a usted que parta;  
que lejos lleve esa carta;  
que entre Alfredo y mi dolor  
ponga mucha, mucha tierra,  
pues no respondo de mí  
en tanto que siga aquí  
con mis furores en guerra.  
CARLOS. Más tu pena me conmueve  
que tu amenaza me irrita.  
JUAN. Y más calma necesita  
quien menos tenerla debe.  
CARLOS. Me inspiras, Juan, compasión.  
JUAN. Si usted no me la inspirara,  
si a su delito aplicara  
la justicia del talión,  
si yo pusiera delante  
del hijo honrado y leal  
al padre con la señal  
de asesino en el semblante...,  
aunque son pruebas muy rudas  
y aunque amor filial impere....  
¿piensa usted que nadie quiere  
que le haya engendrado un Judas?  
CARLOS. ¡Ese insulto...! Tente quedo.  
¡No amenaces!  
JUAN.                    ¡Bien podría!  
CARLOS. ¿Piensas que lo sufriría?  
JUAN. Sí.  
CARLOS.                ¡Por lástima!  
JUAN.                    ¡Por miedo!  
CARLOS. Cómo te aguanta no sé  
mi ya gastada paciencia.  
JUAN. Milagros de la conciencia.  
(Pausa. DON JUAN hace un movimiento para marcharse.)  
A don Ramón rendiré  
cuentas que debo rendir,  
y después Elena y yo...  
CARLOS. ¡Con Elena dices...! No.  
JUAN. ¡Don Carlos...!  
CARLOS.                Su porvenir  
vas a matar de ese modo.  
JUAN. Será lo que deba ser.  
CARLOS. Su ventura...  
JUAN.                    Su deber  
es lo primero de todo.  
CARLOS. Tendrás cuidados prolijos,  
y nadie vendrá en tu ayuda.

JUAN.¿Se ha propuesto usted sin duda quitarme todos mis hijos?

Adiós, señor.

CARLOS. ¿Adónde vas?

JUAN.Doña Teresa y Alfredo me aguardan...

CARLOS.(Aparte.)

Me inspira miedo.

(Alto.)

Pero ¡no le mostrarás esa carta; no, por Dios!

JUAN.Fuera justicia cumplida, y justicia merecida, sin hijos quedar los dos.

Mas no tema, que a tal precio tal venganza yo no exijo.

Mucho es la muerte de un hijo; pero aún es más su desprecio.

(Vase.)

Escena VIII

DON CARLOS y DON RAMÓN.

RAMÓN.¿Qué estás pensando?

CARLOS. No sé; pero algo agitarse siento.

(Llevando las manos al pecho.)

RAMÓN.¿Acaso el remordimiento?

CARLOS.¡Remordimiento! ¿Por qué?

Lo que hice fue natural:

¿querías que me arruinase, o tal vez que adivinase la catástrofe final?

El afán que me devora explicarte no podría;

algo siente el alma mía, pero qué siente lo ignora.

Siento agitarse en mi pecho

a la vez despecho y pena:

pena por perder a Elena,

y por mi pena despecho.

Por Juan, enojo y dolor:

dolor agudo al mirarle;

fiero enojo al escucharle;

y no sé cuál es mayor.

Y entre dolores y enojos,

y entre despechos y penas

arde la sangre en mis venas,

y turbio miran mis ojos.

Y en tan confuso sentir,

sólo ve mi voluntad

con perfecta claridad

que Elena no ha de partir.  
Por impedirlo llegara  
al crimen o al sacrificio:  
a esta pasión que acaricio  
para siempre renunciara,  
¡lo juro por Belcebú!,  
conservando a Elena yo,  
pero perdiéndola, no.  
(Con energía.)

Esto no lo entiendes tú.

RAMÓN. Pues ella se acerca.

CARLOS. Vete.

RAMÓN. ¿Qué vas a hacer?

CARLOS. No lo sé.

RAMÓN. Calma, Carlos.

CARLOS. La tendré;

(Al ver un movimiento de duda de DON RAMÓN.)

y soy-yo quien lo prometo.

Vuelve al despacho. Alvarado

aguarda contestación.

RAMÓN. ¿De Urrutia?

CARLOS. Sí.

RAMÓN. El corazón

me dice que te ha engañado.

(Sale DON RAMÓN por la derecha, primer término.)

Escena IX

DON CARLOS y ELENA. Esta se detiene en la puerta de la izquierda,  
como temerosa.

CARLOS. (Aparte.)

Acercarse quiere y duda.

¡Pobre niña!

ELENA. (Ídem.)

Yo quisiera,

y no me atrevo.

CARLOS. ¡Hechicera!

ELENA. ¿Fué la batalla muy ruda?

(Desde lejos y con timidez. DON CARLOS Se acerca a ella y la trae  
cariñosamente al proscenio.)

CARLOS. Insultos tales sufrí

de su furor insensato,

que tan sólo mi arrebató

enfrené pensando en ti.

ELENA. Esperando el desenlace

estaba, pero no tuve

paciencia...

CARLOS. Pues ya la nube

ha estallado.

ELENA. ¿Y qué se hace?

(DON CARLOS indica con sus ademanes que no atina.)

Mi padre, ¿qué resolvió?

CARLOS. Quiere llevarte.

ELENA. ¡Dios mío!

En usted sólo confío.

¿Usted lo consiente?

CARLOS. No.

Por nada, Elena, en el mundo

me resigno yo a perderte,

que desde niña a quererte

con amor tierno y profundo

me habitué. Mis pesadumbres

templó tu infantil gracejo,

y voy siendo ya muy viejo

para cambiar de costumbres.

ELENA. Si mi padre en su amargura...

CARLOS. Tendrá que ceder tu padre,

que le cuadre o no le cuadre.

¡Lo primero es tu ventura!

¡Tú, pobre niña, educada

en el calor de mi hogar,

tú, mi casa abandonar

llorosa y desesperada!

¡Tú, cruzando el ancho mundo

de la infamia y la traición

y por toda protección

un anciano moribundo!

¡En el miserable espacio

de una sórdida buhardilla,

tú del arte maravilla

y asombro de mi palacio!

Si tú salieras de aquí,

si yo llegara a perderte,

para ti miseria y muerte,

y deshonor para mí.

ELENA. El pensarlo me estremece;

mas si mi padre lo ordena,

aunque es inmensa mi pena,

¿qué hacer?

CARLOS. Se desobedece.

¿Quiere marcharse? Pues bien:

libre tiene la salida;

mas para truncar tu vida,

¿quién tiene derecho? ¿Quién?

¿Qué razón formal y seria

le asiste en su terco afán?

¿Para qué se empeña Juan

en lanzarte a la miseria?

Resiste: puedes si quieres;

mas sin decir que te incito.

ELENA. Y resistiendo, le irrito.

CARLOS. Y no resistiendo, mueres.

¿Quién como yo se desvive  
por labrar vuestra ventura?  
Mas tu padre en su locura  
siempre con desdén recibe  
mis cariñosas ofertas;  
siempre rechaza mis dones  
con orgullosas razones.  
¡Cuántas y cuántas reyertas  
hemos tenido los dos!  
Él es viejo; no comprende  
esta sociedad; entiende  
el honor, ¡válgame Dios!,  
por manera bien extraña:  
se plantó en el año doce,  
y el infeliz desconoce  
a nuestra moderna España  
Hoy, Elena, es lo primero  
tener oro, que sin él  
se hace bien triste papel.  
ELENA. Pero el dinero...

CARLOS. ¡Es dinero!

Y con él podrás saciar  
tus sentidos de placeres;  
sobre todas las mujeres  
podrás, Elena, brillar.  
El mundo entero a tus pies  
en espléndida llanura,  
verás, niña, de la altura  
en que reines.

ELENA. ¿Y después?

CARLOS. Vive y goza, que la huesa  
viene tras la juventud.

ELENA. ¿Y el honor y la virtud?

CARLOS. Son chocheces de Teresa.

ELENA. ¡Don Carlos!

(Retirándose sobrecogida.)

CARLOS. Bien: exagero  
por mi carácter jocoso;  
pero, Elena, no hay reposo  
para nadie sin dinero.

ELENA. También entre rojas nieblas  
un reino en una llanura  
mostró a Jesús en la altura  
el ángel de las tinieblas.

CARLOS. (Aparte.)

Pues, Teresa, ¿quién resiste  
virtud que así le avasalle?

ELENA. Miró Cristo el rico valle  
bajando su frente triste;  
rogó al Padre de la luz,

y venció la tentación.  
CARLOS.(Con expresión satánica.)

¡Por eso sufrió prisión,  
y por eso murió en cruz!

Escena X

DON CARLOS, ELENA, DOÑA TERESA, ALFREDO, DON JUAN y  
ANSELMO. Los

personajes están en el orden siguiente: ELENA, retrocediendo con  
espanto, llega hasta la mesa de la izquierda, sobre la cual se halla  
el collar de brillantes. DON CARLOS la sigue. DOÑA TERESA, ALFREDO,  
DON JUAN y ANSELMO aparecen en la puerta de la izquierda, y en ella  
se detienen. DOÑA TERESA, conteniendo a ALFREDO; ANSELMO, llevando

a

JUAN y mostrándole el grupo que forman ELENA y DON CARLOS.

ELENA.Basta, basta..., yo agradezco,  
don Carlos, tanto interés.

Pero... Teresa...

CARLOS. Después...

JUAN.(A ANSELMO.)

¿Qué dice...?

ANSELMO. ¡Juan...!

ALFREDO ¡Me estremezco!

CARLOS.Mira, Elena: si tú quieres  
has de ser, y no te asombres,  
admiración de los hombres  
y envidia de las mujeres.

En tu frente pedrería,  
tus blancos hombros encajes,  
y arrastrar soberbios trajes  
por alfombras de Turquía,

ELENA.No merezco...

CARLOS. Tú mereces

ser la reina de un palacio;  
de mirarte no me sacio:  
con tu hermosura oscureces  
el fulgor de estos brillantes.

(Coge el collar.)

Quiero ver de su destello  
sobre tu pálido cuello  
los luminosos cambiantes.

(Procura DON CARLOS ceñir el collar a ELENA. Ella se resiste, pero  
al fin cierra el broche.)

ANSELMO.¿Veis el collar?

TERESA. ¡Virgen Santa!

ANSELMO.¡Como un ascua resplandece!

JUAN.(Aparte.)

¡Hija del alma!

ALFREDO. ¡Parece

que le quema la garganta!

(DON CARLOS y ELENA continúan junto a la mesa de la izquierda. DOÑA

TERESA, ALFREDO, DON JUAN y ANSELMO avanzan lentamente.  
ANSELMO,  
precediendo a todos y casi llevando a ALFREDO y a DON JUAN. DOÑA  
TERESA, procurando contener a su hijo.)  
ANSELMO.¿He sido yo un visionario...?  
JUAN.¡Por mí deshonra su vida!  
(Aparte.)  
¡Veréis de la entretenida  
el vil rostro mercenario...!  
¡Yo lo dije..., sí..., yo mismo!  
TERESA.¡Alfredo...! ¡Por Dios, Alfredo!  
(Conteniéndole.)  
ALFREDO.¡No puedo..., madre...; no puedo!  
ANSELMO.¡Si dije que es un abismo!  
JUAN(Apartando a todos y acercándose a DON CARLOS. La actitud de DON  
CARLOS queda encomendada al actor.)  
Dejadme..., voy coordinando  
mis iras..., porque conviene...  
ELENA.Pero mi padre, ¿qué tiene?  
JUAN.(Cogiendo a ELENA por un brazo y separándola hacia la derecha.)  
Vete...  
ELENA. ¡Padre!  
JUAN. Yo lo mando.  
TERESA.Elena...  
ELENA. ¡Madre!  
JUAN.(A DON CARLOS.)  
Los dos...  
Espera..., me falta aliento...,  
se me escapa el pensamiento...  
ALFREDO.¡Padre!  
(Marchando hacia la izquierda.)  
TERESA. ¡Alfredo...!  
(Conteniéndole y colocándose entre DON CARLOS y ALFREDO.)  
ALFREDO. No...  
TERESA. ¡Por Dios!  
(DON JUAN coge a DON CARLOS por un brazo DON CARLOS procura  
desasirse.)  
CARLOS.Suelta.... ¿qué nueva locura?  
JUAN.Antes...  
CARLOS. Suelta...  
JUAN.(Con voz ahogada.)  
¡Quiero hablar...!  
CARLOS.Primeramente vas a soltar.  
(Desprendiéndose.)  
JUAN.¡Una niña casta y pura!  
(Los personajes están en el orden siguiente, de izquierda a derecha:  
ALFREDO, TERESA, DON CARLOS, JUAN, ELENA, ANSELMO.)  
ALFREDO.¡Padre, de quien recibí  
la existencia y el semblante;  
tú, cuya sangre espumante



CARLOS. Ven y tus penas olvida.

¡único ser en la vida  
acaso a quien respeté!

Que tesoros te he ofrecido;  
que he forjado en el espacio  
no sé qué rico palacio;  
que este collar te he ceñado.

No lo niego..., es, cierto..., sí;  
mas decidme, Juan, Alfredo:

¿a la «hija mía» no puedo  
ofrecer lo que ofrecí?

(Movimiento de sorpresa en todos.)

ANSELMO.(Al oído de DON JUAN.)

¿Qué nueva infamia prepara?

JUAN. Elena no es hija tuya.

ALFREDO.(Al oído de DOÑA TERESA.)

¡Madre, la llama hija suya!

ANSELMO.(Al oído de DON JUAN.)

¡Mírale bien a la cara!

CARLOS.(A DON JUAN.)

¿No comprendes insensato?

(A ALFREDO.)

¿No comprendes todavía  
por qué la llamo hija mía?

Porque es ya tu esposa, ingrato.

(Con explosión generosa, al menos en la apariencia, y acercando  
ELENA a ALFREDO.)

ALFREDO. ¡Padre del alma, perdón!

TERESA. ¡Perdón, Carlos!

ELENA.(Abrazando a DOÑA TERESA.)

¡Madre amada!

ANSELMO.(Aparte, a DON JUAN.)

Repara bien su mirada.

JUAN. Yo miro su corazón.

(Rechazándole. Los personajes quedan en el orden siguiente: DON  
CARLOS, en el centro, triunfante, satisfecho, mirando a todos con  
sonrisa bondadosa. A su alrededor, DOÑA TERESA, ELENA, ALFREDO y  
JUAN, mostrando sorpresa y alegría. ANSELMO, aparte, mirándolos con  
enojo e ironía.)

Escena XI

DON CARLOS, DOÑA TERESA, ELENA, ALFREDO, DON JUAN,  
ANSELMO, DON

RAMÓN y ALVARADO, los dos últimos por la puerta del fondo; vienen  
profundamente agitados, y DON RAMÓN trae una carta en la mano. Los  
personajes quedan en el orden siguiente: ALFREDO y TERESA, a la  
izquierda; ELENA, DON JUAN y ANSELMO, a la derecha; entre ambos  
grupos, que deberán estar a alguna distancia uno de otro, DON  
CARLOS, ALVARADO y DON RAMÓN. Estos tres últimos, más retirados  
hacia el fondo que los demás personajes.

RAMÓN. ¡Carlos, yo lo predecía...,

mira esta carta!

CARLOS.(Leyendo con afán.)

¡Se niega!

RAMÓN.Al fin Urrutia nos pega  
un chasco, me lo decía  
el corazón.

CARLOS. ¡Cien millones!

RAMÓN.¡Mañana, el pago!

ALFREDO.(A DOÑA TERESA.)

¿Qué están

diciendo?

TERESA. No sé.

CARLOS. ¡Serán,

si hacen tal, unos bribones!

ALVARADO.¡No hay conciencia ni honradez!

RAMÓN.¡Es ya gente sin pudor!

CARLOS.¡Al ver esto, de rubor

se me enciende a mí la tez!

ALVARADO.No tema usted; yo respondo  
de todo este nuevo plazo.

Nos une un sagrado lazo.

Por aquel diablillo blondo...,

por mi Lola, ¿qué no haría?

No digo yo mi dinero,

aunque es verdad bien le quiero,

¡toda mi sangre daría!

Alfredo..., venga esa mano...

(Dirigiéndose con DON RAMÓN a la izquierda, DON CARLOS viene al  
centro. Los personajes quedan en el orden siguiente, empezando por  
la izquierda: RAMÓN, ALVARADO, ALFREDO, TERESA, CARLOS, JUAN,

ELENA,

ANSELMO.)

CARLOS.(Mirando receloso a su alrededor.)

Demos un corte ahora mismo,  
o se nos abre el abismo.

Perdemos el tiempo en vano,  
don Luis.

ALVARADO. Ya lo sabe Lola,  
y su ventura es inmensa.

ALFREDO.(A DOÑA TERESA.)

Pero, Alvarado, ¿qué piensa?

CARLOS.¡Don Luis!

(Impaciente, agitado y observando con recelo a todos.)

ALVARADO. En una amapola,

trocaron su rostro hermoso

el rubor y la alegría,

cuando le dije: «Hija mía,

Alfredo será tu esposo».

(Movimiento de asombro en los demás personajes y de alegría en

ANSELMO. DON CARLOS hace un gesto de ira, pero al punto se domina.)

ELENA.(Aparte, a DON JUAN, con angustia.)

¿Qué dice ese hombre?

ANSELMO.(Aparte, a JUAN, en tono de triunfo.)

¿Lo ves?

ELENA.¡Padre!

ALFREDO. ¡Imposible!

JUAN. ¡Señor!

ELENA.¡Ay de mí!

CARLOS.(Mirando con enojo a ALVARADO.)

Viejo hablador.

(Aparte, a JUAN.)

Yo te explicaré después...;

te extraña porque no sabes...

TERESA.(Aparte, a DON CARLOS.)

Tú mismo..., tú..., ¿no decías...?

CARLOS.Déjate de niñerías;

se trata de asuntos graves.

(Separa a TERESA con la mano e intenta marcharse.)

JUAN.(Cerrándole el paso con ademán resuelto.)

¿Adónde va usted, señor?

TERESA.(Saliéndole al encuentro de nuevo.)

¡Carlos!

(Otra vez intenta escapar, pero ALFREDO se lo impide, y DOÑA TERESA, DON JUAN y ALFREDO le rodean.)

ALFREDO. ¡Padre!

CARLOS.(Aparte.)

¡No reposan;

como a una fiera me acosan!

TERESA.¿Y tu palabra?

JUAN. ¿Y mi honor?

CARLOS.¡Corro mi fortuna entera

(A JUAN.)

de entre ruinas a salvar;

puede tu honor esperar,

y en negocios no hay espera!

Tú sabrás la verdad toda.

JUAN(Aparte.)

Sospecho que la sé ya.

(Los personajes en esta última parte de la escena han estado del modo siguiente: DOÑA TERESA, ALFREDO y DON JUAN, rodeando a DON CARLOS; ALVARADO y DON RAMÓN, a la izquierda; ANSELMO y

ELENA, a la

derecha.)

ALVARADO.(Como despedida, a ALFREDO.)

La boda pronto será...

ALFREDO.Sólo un instante...

(ALVARADO se detiene y retrocede, acercándose a ALFREDO.)

Mi boda,

es cierto, está decidida,

y ese collar soberano

(Extendiendo el brazo hacia ELENA. DON CARLOS se aproxima con ansiedad.)

es presente de mi mano

a mi bella prometida.

ELENA. ¡Habló al fin su corazón!

CARLOS. (Aparte.)

Si los dejo, ¡Dios clemente!,

entre uno y otro demente

me arruinan sin compasión.

(Alto, dirigiéndose a ALVARADO.)

Quise el efecto observar

de ese reflejo acerado

sobre un cutis nacarado...

y ceñí a Elena el collar.

(Aparte, a ALFREDO.)

¡Silencio!

ALFREDO. ¡Padre!

CARLOS. (Aparte, a ALFREDO.)

Por mí.

TERESA. ¡Carlos!

CARLOS. (Aparte, a DOÑA TERESA y ALFREDO.)

¡Me vais a arruinar!

ELENA. (A DON JUAN.)

¡Pero es aquesto soñar!

ANSELMO. (Aparte.)

¡Sufre que le burle así!

(Pausa.)

JUAN. Aunque Elena es pura y bella,

joya de tanto valor

hace ya sobrado honor

a tan humilde doncella.

(Le quita el collar.)

Justo es que vuelva a su dueño.

Mas trajeron a la Caja

al entregar esta alhaja...

la factura...

(Ríe irónicamente; se detiene en algunos momentos, busca en los bolsillos y saca de ellos un papel.)

Y con empeño

me rogaron que la diese

a quien la joya encargó.

CARLOS. ¡Dámela!

JUAN. ¿Don Carlos?

(Retirando el papel.)

No;

la factura es para ése.

(Señalando a ALFREDO. Se adelanta y entrega el collar y el papel a ALFREDO.)

RAMÓN. (A ALVARADO, señalando a DON JUAN.)

¡Es un hombre singular!

ALVARADO.(A DON RAMÓN.)

¡Modelo de exactitud!

RAMÓN.(A ALVARADO.)

¡No comprende la virtud

en quien no sabe sumar!

ALFREDO.¿Qué es esto, Dios santo?

(Aparte, leyendo. DON CARLOS quiere acercarse a ALFREDO. DON JUAN, que al entregar el papel y el collar quedó entre DON CARLOS y ALFREDO, impide este movimiento.)

CARLOS.(Queriendo separar a DON JUAN.)

¡Aparta!

JUAN.(A DON CARLOS.)

¡Es joya que mucho cuesta!

CARLOS.(A DON JUAN.)

Pero ¿qué factura es ésta?

JUAN.¡Es de mi Ernesto la carta!

CARLOS.¡Juan!

JUAN.(A DON CARLOS.)

¡Mis golpes, vive Dios,

al corazón los dirijo!

CARLOS.¡Miserable!

JUAN. ¡Hijo por hijo!

¡Digo mal..., que perdí dos!

CARLOS.¡Tu mente en vano se exalta...!

(A ALFREDO, acercándose a él con profunda ansiedad; éste, que deja caer los brazos, mira a su padre con angustia y retrocede; DON CARLOS le sigue y le habla en voz baja.)

ALVARADO.Don Carlos...

(Llamándole desde el segundo término y hablando con DON RAMÓN.)

CARLOS.(A ALVARADO.)

Voy al instante.

ALVARADO.(A DON RAMÓN.)

Parece que está anhelante.

CARLOS.(A ALFREDO.)

Algo decirte me falta...

ALFREDO.(Ocultando el rostro con las manos y separándose con horror de su padre.)

¡Le falta a usted corazón

y le falta a usted conciencia!

CARLOS.¡Y a ti te sobra insolencia!

(DOÑA TERESA se interpone entre el padre y el hijo; DON JUAN se acerca a DON CARLOS con terrible expresión de gozo; DON RAMÓN y ALVARADO se detienen en el fondo y observan con curiosidad; ANSELMO habla en voz baja a ELENA y extiende el brazo hacia DON CARLOS. Este hace un movimiento de desesperación y después se dirige a JUAN.)

¡Me heriste sin compasión!

TELÓN

Acto tercero

La misma decoración de los actos anteriores.

Escena I

DON CARLOS y DON RAMÓN.

RAMÓN. Ya te dije que el negocio era muy aventurado.

CARLOS. Van ya tres plazos vencidos y van pagados tres plazos: ¿por qué perder la esperanza?

RAMÓN. Te falta cubrir el cuarto, y ya el término concluye, y aun estamos esperando el telegrama de Rothschild.

CARLOS. Pues vendrá.

RAMÓN. Me asombra, Carlos, tu seguridad pasmosa y tu arrojo temerario.

¿Ya no te acuerdas de Urrutia?

¡Qué momentos tan amargos!

CARLOS. Tú exageras; no es posible dos veces el mismo chasco.

RAMÓN. ¡No es posible!

CARLOS. Estás sombrío.

RAMÓN. Como el tiempo, amigo Carlos.

(Pausa. Se acerca DON RAMÓN al balcón y contempla el cielo. DON CARLOS se deja caer en el sofá. La escena, débilmente iluminada.)

Va concluyendo la tarde y avanza un negro nublado.

(Pausa.)

Así roba a la conciencia, como crespón funerario, el mal sus divinas luces y su azul inmaculado.

CARLOS. (Incorporándose poco a poco a medida que habla DON RAMÓN, y oyéndole con asombro.)

¡Magnífico, portentoso!

¡Piramidal, soberano!

¡Estupendo moralista!

¡Sentimental entusiasmo!

No hay salvación para mí.

¡Todos, en mi casa, santos!

Mi mujer, santa mujer

por todos cuatro costados;

Alfredo, digno aspirante

a un puesto en el calendario;

Elena, virgen y mártir:

tres entre santas y santos.

Hasta aquí nada me admira,

pero ¡tú, de mis pecados  
cómplice y encubridor!  
¡Herejote, bribonazo!  
¡Perseguidor de las honras  
y de las conciencias gancho!  
¡Alma de carbón de piedra  
y corazón de basalto!  
Explícame cuál portento,  
más que portento, milagro,  
trocó al Saulo de las almas  
en un apóstol San Pablo;  
cuál conversión...  
RAMÓN. ¡Conversiones!  
Eres, por Cristo, bien cándido.  
En el siglo en que vivimos,  
y en el globo en que habitamos,  
sólo verás conversiones  
militares, o en los altos  
círculos de la política,  
o en la Deuda del Estado;  
pero en las conciencias nunca,  
pero en las almas... ¡ay Carlos!,  
no busques ya conversiones  
cual la conversión de Pablo.  
CARLOS.¿Conque no eres virtuoso?  
¡Ah, qué peso me has quitado!  
RAMÓN.¡Carlos.... Carlos...! La verdad....  
bromas aparte dejando...,  
¡una catástrofe temo!  
CARLOS.Todo está bien combinado:  
el telegrama vendrá.  
RAMÓN.Dos horas tienes y cuarto  
de término.  
CARLOS. ¿Qué me importa?  
RAMÓN.Y aun algo menos, que atraso.  
(Mirando el reloj.)  
CARLOS.Te empeñas en alarmarme:  
son infalibles mis cálculos.  
RAMÓN.No todos son infalibles,  
porque en casa fracasaron.  
CARLOS.Calla, que tales, asuntos  
mejor están olvidados.  
RAMÓN.Ya Juan de su recaída  
salió bien. ¿Y al fin y al cabo  
se marcha?  
CARLOS(Pensativo.)  
Se marcha, sí;  
¡con Elena, Ramón!  
RAMÓN. ¿Cuándo?  
CARLOS.No lo sé.

RAMÓN.                   Pues si rompiste  
con el bueno de Alvarado...  
CARLOS. Alfredo me hizo romper.  
RAMÓN. Ya libre, dime: ¿qué obstáculo  
puede haber para que Elena  
y Alfredo con dulce lazo...?  
CARLOS. (Con ira reconcentrada.)  
El obstáculo soy yo,  
porque yo sufro el agravio.  
A quien de Alfredo me quita  
el cariño; al insensato  
que me escarnece y ultraja...,  
¿he de tenderle mis brazos?  
Ni aun queriendo yo, quisiera,  
(Señalando hacia dentro.)  
que es muy soberbio ese anciano.  
RAMÓN. ¿Y Elena?  
CARLOS.                   Basta, Ramón,  
que con mil ansias batallo.  
¡Pobre niña...! De este asunto  
no hablemos..., quiero olvidarlo.  
RAMÓN. ¿Y tu mujer? ¿Y tu hijo?  
CARLOS. Llorosos, tristes y pálidos  
vagan por esos salones  
como espectros funerarios.  
No se me acercan jamás...  
¡Soy un monstruo...! ¡Soy el diablo!  
De Alfredo, Elena y Teresa,  
éste es el último fallo.  
RAMÓN. Pues de boca en boca corre,  
con horribles comentarios,  
el cuento de tus amores  
con Elena.  
CARLOS.                   Bien empleado  
me está por haber seguido  
los consejos de este sandio.  
(Golpeándose el pecho.)  
RAMÓN. ¿Quién es éste?  
CARLOS.                   El corazón;  
él me metió en el mal paso.  
RAMÓN. Ese drama de familia,  
mucho te ha perjudicado.  
CARLOS. ¡Bah!  
RAMÓN.                   ¿Te ríes?  
CARLOS.                   Sí.  
RAMÓN.                   ¿Por qué?  
CARLOS. ¡Conozco a los hombres tanto!  
Si soy débil, son mis jueces;  
si soy fuerte, mis esclavos.  
El negocio me preocupa,

no de Madrid el escándalo.  
La impaciencia me devora.  
RAMÓN.¿Y aquellos seguros cálculos,?  
CARLOS.Seguros son. Sé que venzo;  
mas no me basta; en mis manos  
quiero la prueba tener;  
el despacho telegráfico.  
«Puedes girar sobre Londres»;  
estas palabras aguardo,  
y las palabras no llegan,  
y de impaciencia me abraso.  
(Pausa.)

Voy a mandar a Felipe  
al telégrafo.  
(Se dirige a la puerta de la derecha, primer término.)

Escena II

DON CARLOS, DON RAMÓN, BANQUEROS 1º, 2º y 3º. Los tres últimos  
aparecen en la puerta del despacho de DON CARLOS y en la misma  
puerta se detienen todos.

BANQUERO 1º. Don Carlos...

CARLOS.¿Ya me dejan?

BANQUERO 2º. Los amigos  
con impaciencia esperando  
estarán.

BANQUERO 3º. ¿Nada se sabe?

CARLOS.(Afectando indiferencia.)

¿Qué importa...?

BANQUERO 2º.(Con cierta sorna.)

Y ese despacho  
telegráfico, ¿no llega?

CARLOS.(Con seguridad.)

Llegará.

BANQUERO 3º. ¡Quién duda!

BANQUERO 2º. Claro,  
cuando usted lo afirma...

BANQUERO 1º. Cierto.

CARLOS.Señores...

(Sale por la derecha, primer término.)

BANQUERO 2º. ¡Qué cara!

BANQUERO 1º. Vamos,  
finge, pero miedo tiene.

BANQUERO 3º.Hombre al fin.

BANQUERO 2º. Es decir, barro.

Escena III

Los BANQUEROS; después, ALFREDO.

BANQUERO 3º.Es un negocio perdido.

Lo dije: no cubrirá

el empréstito.

BANQUERO 2º. Imposible

Pero Carlos tiene tal

idea de su talento,  
que para nada jamás  
consulta con sus amigos.  
BANQUERO 1º. ¡Don Carlos...!  
BANQUERO 2º. Lástima da  
la reputación que usurpa.  
BANQUERO 3º. Él es un loco de atar.  
BANQUERO 2º. Mucho arrojo, mucho orgullo.  
BANQUERO 3º. Mucha suerte y nada más.  
BANQUERO 2º. No hay cálculo...  
BANQUERO 1º. No hay aplomo.  
BANQUERO 2º. ¡En fin, un hombre vulgar!  
BANQUERO 1º. Todo lo pierde: su ruina  
es completa.  
BANQUERO 3º. Colosal.  
BANQUERO 2º. Señores, bien empleado...  
Aquí debemos hablar  
en confianza; Carlos era  
un insulto a la moral.  
BANQUERO 1º. Está Madrid indignado:  
¡qué materialismo tan...!  
Se acerca Alfredo; silencio.  
BANQUERO 2º. ¡Qué palidez!  
BANQUERO 3º. ¡Qué mirar!  
BANQUERO 1º. ¡Pobre mozo! ¡Me da pena!  
BANQUERO 2º. (Aparte, a los otros dos.)  
Conque es decir que el Titán  
se hundió para siempre.  
TODOS. (Aparte.)  
Amén.  
BANQUERO 3º. (Aparte.)  
Y que mañana será,  
si el diablo no le protege,  
pobre de solemnidad.  
BANQUERO 1º. Adiós, Alfredo...  
ALFREDO. Señores...  
BANQUERO 2º. Esta casa ruina es ya.  
Escena IV  
ALFREDO, solo.  
ALFREDO. ¿Qué es lo que pasa por mí?  
¿Qué batalla fiera y ruda  
bajo mi frente sentí?  
¿Aquesto se llama duda,  
o razón o frenesí?  
Si se debe aborrecer  
por su delito al malvado;  
si al hombre que nos dio el ser,  
porque vida nos ha dado,  
es obligado querer,  
pregunta mi desvarío...

¿Mas para qué preguntar?  
¿Para qué, Destino impío?  
¿Puedo yo nunca olvidar  
que es el padre..., el padre mío?  
¡Suponen en él traición,  
infamia, sangre y vileza!  
«¡Mentiras, mentiras son!»  
grita la naturaleza  
con la voz del corazón.  
¡Calla, calla, pensamiento,  
que me horroriza escucharte!  
Calla... ¿No ves que ya siento,  
porque no consigo ahogarte,  
terrible remordimiento?  
Mas dice voz de dolor  
que dentro mi pecho suena:  
¿quién arrojó el deshonor  
sobre la frente de Elena,  
de Elena, que era mi amor?  
Y de nuevo la batalla,  
como nunca fiera y ruda,  
dentro de mi pecho estalla,  
y se agiganta la duda  
Y el corazón, ¿por qué calla?

Escena V

ALFREDO, ELENA; ésta, por la izquierda.

ELENA. ¡Alfredo!

ALFREDO.                    ¡Elena! ¿Por qué  
brilla en tus ojos, el llanto?

ELENA. (Llorando.)

Partimos.

ALFREDO.                    ¿Partir? ¡Dios santo!

ELENA. Ahora mismo ¡ya dejé  
a mi padre...!

ALFREDO.                    ¡Suerte fiera!

ELENA. Con Teresa. Sí..., los dos  
lloraban... Alfredo, adiós...,  
adiós por la vez postrera.

ALFREDO. ¿Tal ingratitud merezco?

¿Nada en mi dolor consigo?

ELENA. Él es mi padre y le sigo:  
es mi padre y le obedezco.

ALFREDO. Con acento engañoso  
y fingiendo pasión loca,  
palabras halló tu boca  
y juramentos de amor;  
y en tu cariño creí,  
y en tu fuego me abrasé.  
¡Elena!, ¿por qué te amé  
o por qué te conocí?

ELENA.¿De mi amor dudas?  
ALFREDO. ¡Dudar...!  
ELENA.¿Y mi angustia no comprendes?  
ALFREDO.¡Tan sólo sé que me vendes  
o que no sabes amar!  
Por el ser a quien se adora,  
todo en el mundo se olvida!  
ELENA.¡Eres, Alfredo, mi vida!  
ALFREDO.¡Pero me dejas, traidora!  
ELENA.¡Basta ya, por compasión!  
¿Nada mi dolor alcanza?  
ALFREDO.¡Si me quitas la esperanza,  
arráncame el corazón!  
ELENA.¡Dios del cielo! ¡Dios clemente!  
¿No ves que me vuelvo loca?  
ALFREDO.Eso lo dice tu boca,  
mas tu pecho no lo siente.  
ELENA.Mi padre lo ordena impío,  
y aunque la pena me mata...  
ALFREDO.Y por tu cariño, ingrata,  
¿qué hice yo del padre mío?  
ELENA.Bien comprendo tu dolor,  
que es dolor que estoy sintiendo,  
pero lo que no comprendo  
es, Alfredo, tu rigor.  
¡Dios mío!, ¿qué debo hacer?  
¡Sólo acierto a suplicar!  
Mis ojos saben llorar  
y mi corazón querer;  
pero resistir no puedo  
al ruego del pobre anciano.  
ALFREDO.Mi padre me rogó en vano.  
ELENA.¡Basta, cruel!  
ALFREDO. ¡Elena!  
ELENA. ¡Alfredo...!  
¿Por qué me llamas traidora?  
¿Por qué me llamas perjura?  
¿Por qué olvidas la ternura  
de la que tanto te adora?  
Si yo la causa no fui  
de tu mal ni de tu llanto,  
de nuestro mutuo quebranto,  
¿Por qué me culpas a mí?  
ALFREDO.No sé si culpe a mi suerte,  
no sé si deba culparte.  
Sé que intentas alejarte,  
sé que no quiero perderte;  
y en esta lucha, a mi ver,  
distinto es nuestro dolor:  
Yo sufro por el amor,

tú sufres por el deber.  
De virtud tienes la palma,  
yo soy un pobre demente,  
pero un demente que siente  
inmenso amor en el alma.  
Y bien claro aquí se ve  
que perjura me engañaste:  
que nunca, Elena, me amaste  
con el amor que te amé.

ELENA. ¡No dudes, no, por piedad,  
que tu duda me enloquece,  
y siento que se estremece,  
vencida, la voluntad!

ALFREDO. Un desengaño profundo  
de dolor mi pecho llena:  
¡sólo tu cariño, Elena,  
me quedaba en este mundo!

ELENA. Calla... Yo debo partir...,  
mi padre desventurado...

ALFREDO. Vete... ¡Solo, abandonado...,  
lo mejor fuera morir!

Escena VI

ELENA, ALFREDO, DOÑA TERESA, DON JUAN. Los dos últimos salen por

la

izquierda Y se aproximan lentamente a ELENA y a ALFREDO, sin que éstos lo noten.

ELENA. ¡Jesús!

ALFREDO. Tu virtud acato;  
a tu conciencia severa,  
que yo viva o que- yo muera,  
¿qué le importa?

ELENA. ¡Calla, ingrato!

¡No más, Alfredo, no más!

Habla, te obedeceré...

ALFREDO. (Atrayéndola a sí.)

¡Mi esposa!

ELENA. ¡Pues bien, seré  
tu esposa...!

ALFREDO. ¡Elena...!

JUAN. (Separándolos.)

Jamás.

(Pausa.)

TERESA. La voz de un padre es sagrada.

¡Valor y resignación!

ALFREDO. ¡Madre, madre..., mi razón  
se enloquece!

ELENA. (Suplicándole.)

¡Madre amada!

ALFREDO. ¡Y la matas de ese modo!

(A DON JUAN)

JUAN.Será lo que deba ser.  
ALFREDO.Su ventura...  
TERESA. Su deber,  
Alfredo, es antes que todo.  
(Pausa. ELENA Se arroja en brazos de DOÑA TERESA.)  
En mí tu frente reclina.  
(A ELENA.)  
ELENA.(Al oído de DOÑA TERESA.)  
¡Sin él no puedo vivir!  
ALFREDO.¡Imposible es resistir  
(Con profunda desesperación.)  
la pasión que me domina!  
TERESA.Es libre la humana grey,  
y al que tiene libertad  
nunca la fatalidad  
se impone, Alfredo, por ley.  
Esto me dijiste...  
ALFREDO. ¡Madre!  
TERESA.(Aparte, a ALFREDO, con voz serena y triste.)  
¡Cuando con terca insistencia  
lanzaste fiera sentencia  
sobre tu mísero padre!  
¡Hasta el borde del abismo  
voluntad de hierro exiges  
en los demás, y transiges  
con tu cobarde egoísmo!  
¡Y te atreves a acusar,  
y no sabes resistir!  
¡Tan débil para sufrir,  
tan fuerte para juzgar!  
ELENA.¡Padre..., padre..., no me escuchas!  
ALFREDO.¡Por ella!  
(Suplicando a DON JUAN.)  
ELENA. ¿No me oyes, padre?  
TERESA.¡Elena!  
ELENA. ¡Ayúdame, madre!  
JUAN.(Queriendo llevarse a ELENA.)  
¡Vamos..., basta ya de luchas!  
(Pausa.)  
Hoy... tu amor... es imposible:  
(A ALFREDO.)  
entre-Elena y tu pasión  
hay un crimen... y un borrón...  
No soy, Alfredo, insensible...,  
pero...  
TERESA. ¿Por qué atormentarlos  
y dar pábulo a tu pena?  
JUAN.Tal vez te daré mi Elena...  
cuando... ¡no exista don Carlos!  
TERESA.¡Anciano, deliras!

(A DON JUAN.)

ELENA. ¡Padre!

JUAN. Ven, Elena, espera el coche...

¿Lo ves? Ya cierra la noche.

TERESA. ¡Elena...!

(Tendiéndole los brazos.)

ALFREDO. ¡Imposible!

ELENA. (Precipitándose en ellos.)

¡Madre!

TERESA. ¡Venid...! ¡Sobre el corazón

(Abraza a ELENA y a ALFREDO a la vez.)

llorad, hijos de mi vida,

esta horrible despedida,

esta cruel separación!

ALFREDO. ¡Elena, Elena!

ELENA. (A ALFREDO.)

Sin ti,

¿qué será de mi existencia?

TERESA. ¡Confiad en la Providencia!

ELENA. ¡Ya no hay dicha para mí!

TERESA. La dicha no es el placer,

no es la pasión desbordada:

es el alma inmaculada,

es cumplir con el deber

No hay dichas en este suelo

sin una conciencia pura;

no hay, Elena, más ventura

que la que baja del cielo.

Ya lo veis..., a mí... el dolor

me está... mordiéndome... en el alma...

sin embargo..., tengo calma...,

estoy serena... El Señor

me da fuerzas, y jamás...

una lágrima..., el quebranto

de mi pecho... ¡No; Dios santo,

no puedo, no puedo más!

(Sin poder contenerse, rompe a llorar y los abraza de nuevo.)

JUAN. (Aparte.)

¡Pobre mujer! ¡Me traspasa

el corazón su quebranto!

¡Yo no resisto a su llanto

si no salgo de esta casa!

Escena VII

DOÑA TERESA, ELENA, ALFREDO, DON JUAN, DON CARLOS, DON  
RAMÓN. Estos

dos últimos, en la puerta de la derecha, primer término.

CARLOS. Imposible es ya esperar

por más tiempo.

RAMÓN. Pero escucha;

Felipe no ha vuelto.



rostro entre las manos. Detrás de ALFREDO, contemplándole, en pie y con los brazos cruzados sobre el pecho, DON CARLOS. Pausa. DOÑA TERESA levanta la vista, ve a su esposo y da un grito.)

¡Carlos!

ALFREDO. ¡Padre!

(Vuelve la cabeza, sin levantarse.)

CARLOS.(A ALFREDO.)

¡Ya te oí!

TERESA.¡Por el ángel de mi guarda!

(ALFREDO intenta levantarse. DON CARLOS le pone una mano en el hombro y le obliga a continuar de rodillas.)

CARLOS.(Con ira reconcentrada.)

¡No te levantes...!, ¡aguarda!

¡De rodillas...!, ¡sigue así!

Que está muy puesto en razón,

si has de contar de mi vida

los instantes... -¡parricida,

parricida de intención!-,

que los cuentos de tal suerte

y en tal humilde postura,

que al llegar, por mi ventura,

el momento de mi muerte,

de tanto esperarla así,

esté ya cansado y frío

ese cuerpo que fue mío

(Con voz terrible.)

y en hora infame te di.

ALFREDO.(Humillándose aún más.)

¡Perdón!

(Pausa. DOÑA TERESA, en ademán suplicante, ante DON CARLOS.)

CARLOS. En vano imploras...

porque ya estás perdonado.

(Hace un esfuerzo terrible para recobrar su calma; se domina al fin

y dice con forzada risa y acento glacial los dos últimos versos.

Después, se separa de su hijo y va al balcón. Aparte.)

¡Mi muerte Alfredo ha deseado!

ALFREDO.(Con voz ahogada y siguiéndole.)

¡Padre!

TERESA. ¡Carlos!

(DON CARLOS se separa del balcón. DOÑA TERESA y ALFREDO se acercan

a

DON CARLOS. Mirándole de cerca.)

¡Carlos!, ¡lloras!

CARLOS.Lágrimas.

(Llevándose la mano a la cara.)

¡Fuera mancilla!

¡No estáis viendo que diluvia!

¡Gotas tal vez de esa lluvia

saltaron a mi mejilla!

Pero si lágrimas son,



le vencerá tu porfía.

ALFREDO. ¡No sé qué decir! ¡Ay Dios!

CARLOS. Inútil; no digas nada.

Y tú, mujer desdichada,  
escoge uno entre los dos.

ALFREDO. ¡Compasión!

CARLOS. No puede ser.

TERESA. Eres, Carlos, implacable.

CARLOS. Es mandato irrevocable.

(A ALFREDO.)

Tú, partir.

(A DOÑA TERESA.)

Y tú, escoger.

(DOÑA TERESA está colocada entre DON CARLOS y ALFREDO, yendo  
alternativamente de uno a otro.)

TERESA. (Aparte, a ALFREDO.)

¡Me espanta su calma fiera;  
abandonarle no puedo!

¡Juré en el altar, Alfredo,  
ser su eterna compañera!

ALFREDO. (Aparte, a DOÑA TERESA.)

¡Si le prefieres a mí  
y cumpliendo tu deber...!

TERESA. (Aparte, a ALFREDO. Con desesperación.)

¡Qué daño te pude hacer  
para atormentarme así!

ALFREDO. (Aparte, a DOÑA TERESA.)

¡Quiero que me sigas, madre;  
seca tus lágrimas tristes!

¿Por qué llorosa resistes  
a mi súplica?

TERESA. (Aparte, a ALFREDO.)

¿Y tu padre?

ALFREDO. (Aparte, a DOÑA TERESA.)

¡Llevas de mártir corona;  
el dolor en ti se ceba!

TERESA. (Aparte, a ALFREDO.)

¡Abandona una manceba;  
una esposa no abandona!

(ALFREDO inclina la cabeza, dominado por las palabras de su madre.

DOÑA TERESA se acerca a su esposo.)

¿Quién velará por él, quién?

(A DON CARLOS.)

CARLOS. Idos los dos; nada exijo.

TERESA. ¡Él es tu padre!

(A ALFREDO.)

¡Es mi hijo!

(A DON CARLOS.)

CARLOS. Solo y en paz quedo bien.

ALFREDO. ¡Adiós, madre!



¡Y cómo tarda Ramón!  
¡Se me oprime el corazón...!  
¡Siento anulador vacío!

(Pausa.)

¿Será miedo...? ¡Es singular!

¡Allá entre las nubes arde  
el relámpago...! ¡Cobarde...,  
pienso que voy a llorar!

¡Alfredo...! ¡Yo le quería,  
y me abandona el ingrato!

(Coge el álbum de la mesa y busca con afán.)

Sí, debe estar... ¡Su retrato!

(Brilla un relámpago.)

¡Cómo se me parecía!

(Ídem, íd. Contempla con cariño el retrato de su hijo; mira a su  
alrededor; lo acerca a sus labios; lo aleja, arrepentido; al fin, lo  
besa apasionadamente.)

Escena XI

DON CARLOS, DON RAMÓN, los tres BANQUEROS. Los cuatro últimos  
entran

precipitadamente, DON RAMÓN trae un telegrama en la mano. DON  
CARLOS, al oír las primeras palabras, se levanta con violencia,  
dejando caer el álbum. La escena, siempre a oscuras.

BANQUERO 2º. ¡Triunfamos!

RAMÓN. ¡Carlos, victoria!

CARLOS. ¡Habla pronto!

RAMÓN. ¡Vencedor  
eres ya!

BANQUERO 3º. ¡Salud y honor!

BANQUERO 1º. ¡Qué negocio!

BANQUERO 2º. ¡Cuánta gloria!

(Todos abrazan entusiasmados a DON CARLOS.)

CARLOS. (A DON RAMÓN.)

Despacio no te atolondres...

BANQUERO 2º. (Cogiéndole la mano.)

Esta enhorabuena franca...

BANQUERO 3º. ¡Salud al rey de la Banca!

RAMÓN. (Mostrando el telegrama en alto.)

¡Puedes girar sobre Londres!

(DON CARLOS le arrebató el telegrama y lo lee con afán, mientras  
hablan los BANQUEROS entre sí.)

BANQUERO 2º. ¡Señores. qué sangre fría!

BANQUERO 3º. ¡Y qué tacto!

BANQUERO 1º. ¡Y qué valor!

BANQUERO 3º. ¡Es un hombre superior!

BANQUERO 2º. ¡Es el gran hombre del día.

TODOS. ¡Admirable!

CARLOS. Sin jactancia:  
era infalible mi plan.

BANQUERO 3º. ¡Es mucho hombre!

BANQUERO 2°. Ganas dan  
de abrazarle.

BANQUERO 3°. ¡Qué ganancia!

CARLOS. Esta misma noche, sí,  
veré al ministro de Hacienda.

Toma.

(Dando el telegrama a RAMÓN.)

Anúnciame, y entienda  
que cumplo lo que ofrecí.

BANQUERO 3°. ¡Y la envidia torpe y vana  
creyó al coloso vencer!

BANQUERO 2°. Nos esperan: a más ver.

BANQUERO 3°. ¡Ay de la Bolsa mañana!

BANQUERO 1°. ¡Qué gran noticia llevamos!

BANQUERO 2°. ¡Respeto y admiración  
al genio!

(Inclinándose ante DON CARLOS. Todos se despiden calurosamente.)

CARLOS. Por compasión...

(Con afectada modestia, DON RAMÓN se vuelve al marchar y abraza a  
DON CARLOS.)

¡Triunfamos, Ramón; triunfamos!

(Salen todos, menos DON CARLOS.)

Escena XII

DON CARLOS, en pie y en actitud arrogante; la escena, a oscuras; el  
relámpago ilumina fuertemente a DON CARLOS el final de cada décima,  
bañando su rostro de luz cárdena.

CARLOS. Me quedé al fin sin familia:

¿qué importa?, más libertad.

Ya me cansaba, en verdad

tanta irresistible homilia:

en el sueño, en la vigilia,

siempre en mí los ojos fijos,

siempre disgustos prolijos,

¡siempre un eco acusador!

¡Fortuna, tú eres mi amor!

¡Tú me darás otros hijos!

(Pausa.)

¡Brille el sol, mi triunfo alumbre!

¡Mi espíritu se reanima!

Ya toco la ansiada cima.

Del poder llevo a la cumbre;

¡ya sobre mí no hay techumbre!

¡Crezco, y crezco colosal,

y miro por ley fatal

a mis pies el mundo entero,

que es el moderno banquero

el nuevo señor feudal!

(Nueva pausa.)

Legítimo señorío

en el trabajo fundado.

La Edad Media ha terminado:  
yo soy el nuevo judío,  
y en mi nuevo poderío,  
-si me hicieron vestir hoga-  
su púrpura, ¡regia ropa!,  
postrados ante mis arcas  
han de empolvar los monarcas  
de nuestra moderna Europa.  
(De nuevo se detiene, gozándose en su triunfo.)

En mi pensamiento ardiente  
inmensa ambición se encierra;  
es mi pedestal la tierra;  
loca en las nubes mi frente;  
y en vano rayo candente  
ilumina el negro cielo;  
en vano desciende al suelo  
y golpe de muerte amaga;  
en mí su fuego se apaga,  
¡que soy gigante de hielo!  
(Ríe con risa satánica.)

Quiero vivir y gozar  
babilónicos placeres;  
quiero divinas mujeres;  
quiero, soberbio, eclipsar  
las glorias de Baltasar,  
y, moderno semidiós,  
siempre del placer en pos  
volar por el ancho mundo.  
¡La muerte es sueño profundo;  
el oro, el único dios!

(El relámpago lo ilumina fuertemente. En el pensamiento del autor,  
aquí se trueca el personaje real en el símbolo del materialismo  
triumfante.)

Escena XIII

DON CARLOS y DOÑA TERESA. Esta última entra pálida, trastornada,  
vacilante; se apoya en el quicio de la puerta; algunos momentos  
después avanza, sosteniéndose en los muebles para no caer.

CARLOS. ¡Teresa!

(Sale a su encuentro y la sostiene.)

¿Y Alfredo...?, ¡di!

TERESA. Ha partido.

CARLOS. ¿Y no te vas?

TERESA. ¡Ya no le veré jamás!

CARLOS. ¿Y le abandonas por mí?

Responde, Teresa.

TERESA. Sí.

CARLOS. ¡Pero no comprendo yo...!

TERESA. ¡Con qué angustia me besó!

CARLOS. ¡Acaso, pobre mujer,  
tan sólo por el deber...!

TERESA. ¡Hijo del alma...!, ¡partió!

CARLOS. Mira, Teresa: es locura,  
y es bien extraña demencia,  
que a escrúpulos de conciencia  
sacrifiques tu ventura.

¡Te abrasa la calentura!

(Cogiéndole la mano con afán.)

TERESA. ¡Toma este papel funesto!

(Le da una carta.)

Alfredo, al partir...

CARLOS. ¿Qué es esto?

No alcanzo a ver..., falta luz...

(Se acerca al balcón y brilla un relámpago.)

¡Por el Cristo de la cruz!

¡Al fin: la carta de Ernesto!

(Pausa.)

¡Olvidada la tenía!

Y de tan antigua historia,

¿quién conserva la memoria?

Pudo interesarme un día,

(Con frialdad.)

Y es curioso todavía

conocer su pensamiento

en aquel triste momento.

(Leyendo.)

«Padre del alma...»

(El viento le arrebató el papel de entre las manos y desaparece por el balcón.)

¡Qué diablo...!

¡Lo arrancó como un venablo

una ráfaga de viento!

(Pausa.)

Oscura la noche llega;

(Mirando por el balcón.)

negras nubes amontona,

y en tinieblas aprisiona,

la luz que a los ojos niega.

Por la oscuridad ya ciega,

mi vista no puede ver

dónde el viento a su placer

la carta lleva...

TERESA. ¡Dios santo!,

prenda de sangre y de llanto,

¿dónde irá?

CARLOS. (Encogiéndose de hombros y riendo.)

¡Pobre mujer!

TERESA. ¡En ese papel que el viento

se llevó y en negra nube,

cual presagio fatal sube

al inmortal firmamento,

yo tu destino presiento,  
y con sangre en lo infinito,  
miro ya tu nombre escrito!  
¡La impunidad no te halague!  
¡No hay deuda que no se pague,  
y pagarás tu delito!  
Como brazos colosales  
del papel se apoderaron,  
nubes que luego cruzaron  
entre rancos vendavales  
las regiones celestiales.  
Rojo el rayo en ellas brilla,  
¡dobla, Carlos, la rodilla,  
y el torpe espíritu eleva!  
¡La tempestad se lo lleva  
a tu dios... y eres arcilla!  
(DON CARLOS, en pie; arrodillada ante él, DOÑA TERESA, cogiéndole  
las manos.)  
CARLOS.(La levanta y la atrae a sí; la lleva al centro y le habla  
con expresión de cariño, después de contemplarla algunos instantes.)  
¡Único ser en la tierra  
en quien hallé abnegación!  
¡Angelical corazón  
que en esta tremenda guerra  
jamás vacila ni yerra!  
No sacrifiques tu vida  
por mí, ¡madre dolorida...!  
Vete...  
(Rechazándola dulcemente.)  
Mas si oyes que muero,  
(Atrayéndola con arranque de cariño.)  
¡ven, Teresa, llevar quiero  
tu beso de despedida!  
TELÓN

## Epílogo

La escena representa el salón lujoso, pero grande, oscuro y sombrío, de una quinta situada a la orilla del mar. En el fondo, una puerta. A la derecha del espectador, un gran balcón. A la izquierda, una puerta que conduce al dormitorio de Don Carlos. A la derecha, y cerca del balcón, una mesa, y sobre ella, papeles y un servicio para beber, con copa de oro. Al lado de la mesa, una gran butaca de alto respaldo. A la izquierda, otra butaca o un sofá, también de respaldo alto. Todos los muebles de color oscuro, así como los cortinajes. Han transcurrido ocho años desde el momento en que terminó el drama.  
Escena I

DON CARLOS, solo. Ya viejo, enfermo, envuelto en una bata, con el cuerpo doblado hacia la izquierda y el oído atento como para oír ruidos que vengan del interior.

CARLOS. Ya no se oyen sus gemidos.

ya cesaron sus lamentos.

Esa mujer, ¿quién será?

En vano de mis recuerdos,

las tristes cenizas frías

voy con afán revolviendo.

Aquella frente fue tersa;

aquellos labios rieron;

¡pero debe haber pasado

desde entonces mucho tiempo!

¡Otra vez!

(Aplicando el oído.)

No; son sin duda

del mar los lejanos ecos,

o de la playa el oleaje,

o los silbidos del viento.

Sin embargo..., es voz humana...

(Escuchando con atención.)

¡Es un grito lastimero!

Me acercaré...

(Se levanta con gran trabajo y marcha hacia la puerta, deteniéndose a cada instante.)

¡Vive Dios!

Quiero marchar... y no puedo...

Siempre..., siempre esta fatiga.

Y me aseguraba el médico

que el aire puro del mar,

el reposo y el silencio

nuevas fuerzas me darían,

y nuevo temple a mis nervios.

¡Acertó, mi buen doctor!

¡Acertó, viven los cielos!

La voluntad ¿de qué sirve,

si no la obedece el cuerpo?

(Llega, aunque con dificultad, a la puerta del fondo y, apoyándose en el quicio, aplica el oído con afán.)

¡Al fin...! Fue ilusión; ya nada

se escucha. Nada. Me alegro:

los gritos de esa infeliz

me erizaban el cabello

sin saber por qué. Y es terca;

que está demente yo pienso.

¡Ese afán de perseguirme,

y sin saber con qué objeto!

Otro ensayo.

(Procurando volver, pero sin conseguir moverse.)

Volveré

solo a mi sillón... Si puedo.  
¡Es para darse al demonio  
la impotencia en que me veo!  
¡Ramón...! ¡Ramón!  
(Agita la campanilla con furor.)  
¡Vamos...! ¡Pronto!

¡Esto no es vida, es infierno!

Escena II

DON CARLOS y DON RAMÓN, por el foro.

CARLOS. ¡Gracias a Dios que viniste!

¡Me parece que era tiempo!

¡Hace ya veinte minutos  
que eché la campana a vuelo!

No pude solo volver.

(DON RAMÓN le sostiene, y lentamente vuelve a la butaca.)

RAMÓN. Y ¿a qué levantarte? Terco  
eres por demás.

CARLOS. Creí  
de esa mujer los lamentos  
escuchar.

(Mirándole con aire de temerosa pregunta.)

RAMÓN. Pues ilusión  
fue sin duda porque ha muerto.

CARLOS. Esa infeliz pordiosera...

¿Dices que...?

RAMÓN. Sí.

CARLOS. ¡Qué remedio!

(Pausa.)

Que la recojan...; yo pago  
los gastos..., misa... y entierro.

RAMÓN. Órdenes he dado ya  
y queda todo dispuesto.

¿Ves una ventana abierta?

(Señalando por el balcón.)

Pues en aquel aposento  
de esa pobre vagabunda  
depositarán el cuerpo.

CARLOS. ¿Estaba loca?

RAMÓN. No sé.

CARLOS. Ese su tenaz empeño  
en seguirme y acusarme  
de su desgracia...

RAMÓN. Yo creo  
que la víctima ha de ser  
de algún olvidado y viejo  
amorío.

CARLOS. ¡Tuve tantos,  
que, la verdad, no me acuerdo!

¿Y no se sabe su nombre?

RAMÓN. Este medallón, al cuello

se le encontró.

(Dándole un medallón.)

CARLOS. Dame..., espera...

(Lo toma; lo mira con atención, se pasa la mano por la frente y se agita en su butaca.)

¡Memorias, acudid presto...!

¡Ella!

(Dando un grito y levantándose en el sillón para caer sin fuerza.)

RAMÓN. ¿La conoces?

CARLOS. ¡Sí!

Se agolpan en mi cerebro

tales ideas...

(Pausa. Le coge a DON RAMÓN por un brazo, y le trae a sí hablándole en voz baja.)

¿Te acuerdas

de cierto collar funesto?

RAMÓN. ¡Basta!

CARLOS. ¿Sabes para quién

joya de tan alto precio

te mandé comprar?

RAMÓN. ¡María!

CARLOS. ¡Allí duerme en paz! Silencio.

(Extendiendo el brazo hacia el balcón. Pausa.)

¡Al fin cedió su virtud...!

¡Huyó de mi lado luego...!

La perdí en el torbellino

de la vida... ¡y hoy la encuentro!

Era niña: la arrojé

del vicio al piélago inmenso,

y a la playa me devuelven

las olas su helado cuerpo.

¡Ay, si se empeña ese mar

hoy en revolver sus senos

y en ir echando a la orilla

cuanto fui lanzando en ellos!

RAMÓN. ¡Carlos!

CARLOS. ¡Basta! ¡Basta ya...!

¿Lo ves...? ¡Se crispan mis nervios...!

¡Y la fatiga me ahoga...!

¡Y ráfagas mil de fuego

van pasando ante mi vista

cual relámpagos siniestros!

Yo estoy malo... ¿No es verdad?

RAMÓN. Que estás loco es lo que veo:

necesitas, distracción,

cariño... Di: ¿no podemos

llamar a Teresa?

CARLOS. (Alarmado.)

¡Cómo!

RAMÓN. También a Elena y Alfredo.

CARLOS.(Incorporándose con horrible angustia y cogiendo con ansia a DON RAMÓN por un brazo.)

¿Conque ya voy a morir?

RAMÓN.¡Qué disparate!

CARLOS. ¡Comprendo

la intención!, responde pronto.

Ese extraño pensamiento,

¿el doctor te lo inspiró?

Habla..., mírame...

RAMÓN. Volvemos

a los pasados delirios.

CARLOS.No es delirio; yo me muero;

tú..., mi amigo fuiste siempre.

¡Di la verdad...! ¡Sin rodeos!

Ya lo ves... Estoy tranquilo...

(Procurando sonreír.)

RAMÓN.¡Qué aprensivo! ¡Cuánto miedo!

Pues si esto dices ahora,

¿qué dirás llegando a viejo?

CARLOS.¿No es de peligro mi mal?

RAMÓN.Ese mal, aunque molesto,

pasará. No hay que dudarlo.

CARLOS.Cabal: eso mismo pienso.

RAMÓN.Conque Teresa... y Elena...

CARLOS.No, Ramón; no quiero verlos.

Todos..., todos... son felices,

¿no es verdad? Pues bien: dejémoslos.

(Pausa.)

Mi hijo y Elena..., por fin

se casaron...; buen provecho.

(Riendo con risa forzada.)

¡Teresa vive en la gloria!

Juan tiene un pequeño Ernesto;

¿qué más quieren?

RAMÓN. Pero tú...

CARLOS.Yo me paso bien sin ellos.

(Pausa. DON CARLOS se queda pensativo.)

Y dime... Más ¡qué me importa!

(Arrepintiéndose.)

RAMÓN.¿Preguntabas algo?

CARLOS. Un resto

de curiosidad.

RAMÓN. Pues di.

CARLOS.¿Para qué?

(Afectando indiferencia.)

¿Y es muy travieso...

el chiquitín...?

(Separando su vista de la de DON RAMÓN.)

RAMÓN. Según dicen,

es lo mismo que su abuelo...

CARLOS.El de allá...

RAMÓN. ¡Su abuelo Carlos...!

(Pausa. DON CARLOS queda sumido en sus pensamientos.)

Vamos..., ¿no quisieras verlos?

Don Juan, Alfredo, Teresa,

Elena y el pequeñuelo.

CARLOS.Es mucha gente, Ramón;

yo necesito sosiego

¡Una colonia de justos,

y al fin yo soy un protervo!

Yo envuelto en llamas de azufre,

y ellos entre humo de incienso.

Ahora, déjame tranquilo...

más adelante... veremos.

RAMÓN.(Aparte.)

¡Infeliz..., más adelante...,

y contados sus momentos

están!

CARLOS. ¿Qué murmuras?

RAMÓN. Nada.

Es el caso que si Alfredo

se entera de que estás malo,

toma el tren sin más rodeos,

y una mañana a las puertas

de la quinta...

CARLOS. Pues volvemos

a Madrid. He de cumplir

hasta el fin mis juramentos.

A Teresa... es diferente;

a los demás no he de verlos.

Mi carácter no se dobla;

mi voluntad es de hierro.

RAMÓN.Bueno, Carlos, no te agites.

CARLOS.Yo necesito mi tiempo

para un trabajo importante,

no para escuchar a necios.

Mira..., mira..., ya está oscuro.

Es muy triste este aposento.

Las sombras, de mi fatiga

doblan el horrible peso.

RAMÓN.(En tono de broma.)

Vaya, señor valentón,

las sombras le infunden miedo.

CARLOS.¿Qué dices? ¡Voto a Luzbel!

¡Yo temblar! ¡Yo jamás tiemblo!

Mi corazón no vacila,

y está fuerte mi cerebro.

Debilidad pasajera,

esto es, no más, lo que tengo.

RAMÓN.No te enojés, no hay motivo

(Toca un timbre y aparece un CRIADO.)

Escena III

DON CARLOS, DON RAMÓN y un CRIADO.

CRIADO.(Aparte, a DON RAMÓN.)

Doña Teresa...

RAMÓN.(Aparte, al CRIADO.)

Silencio.

CRIADO....y el señorito, deseaban  
hablar a usted.

RAMÓN.(En voz alta.)

Luces.

(Aparte, al CRIADO.)

Bueno;

iré al instante.

(El CRIADO sale, y vuelve un momento después con un candelabro de  
cuatro bujías, pero sólo con dos de ellas encendidas.)

CRIADO. Aquí están.

RAMÓN.Retírate.

(Sale el CRIADO.)

Escena IV

DON CARLOS y DON RAMÓN.

CARLOS. Te prevengo

que harto estoy de que me traten  
como a niño o como a viejo.

RAMÓN.Pues mira: en lo caprichoso  
y en lo de gastar mal genio  
no hay nadie que te supere,  
y tienes muy pocos émulos  
en las huestes infantiles  
o en las de blanco cabello.

CARLOS.¿Y cuáles son mis caprichos?

RAMÓN.Cuáles no son saber quiero.

CARLOS.Eso es hablar por hablar.

RAMÓN.Dime, Carlos, por ejemplo:

¿por qué cuando te retiras,  
cierras tu cuarto por dentro,  
sin consentir que ninguno  
vele cerca de tu lecho?

CARLOS.(Señalando la puerta de la izquierda.)

Podéis en esa antesala.

velar todos.

RAMÓN. Ya lo hacemos.

CARLOS.Y junto a mi puerta estar  
vigilantes y oído atento;  
pero en mi alcoba, imposible.

RAMÓN.¿Por qué?

CARLOS. ¿Por qué? Porque temo...

RAMÓN.¿Qué temes?

CARLOS. Nada.

RAMÓN. Pues bien...



¡Agua clara..., en un cristal  
blanco..., transparente..., fresco;  
agua que brote en la fuente!  
¡Esto pido y esto quiero;  
y en contrariarme se gozan...!  
¡Pues no ha de ser, vive el Cielo!  
(Da, en un acceso de insensato furor, un puñetazo sobre la copa de  
oro, y la derriba sobre la mesa.)

RAMÓN.¿Qué furor es éste, Carlos?  
(Conteniéndole.)

¡Qué delirio!  
(Le coge la mano y la mira a la luz con afán.)

¿Lo estás viendo?

Tan terrible el golpe fue,  
que largo surco sangriento  
sobre la mano trazaste  
al chocar la copa ciego.  
(Recogiendo la copa sobre la mesa.)  
y cual filete rojizo

de sangre el borde está lleno.  
¿Es esto propio de un hombre  
de tus años y tu seso?

(DON CARLOS le mira avergonzado y con la timidez casi infantil de  
los ancianos.)

CARLOS.Es verdad, tienes razón.

Pero estoy febril, inquieto...

Hicimos mal en venir  
a esta quinta. Nos volvemos  
mañana mismo. Me cansa  
y me fatiga este inmenso  
horizonte de la mar,  
cuyo término no veo;

¡a mí me gusta abarcarlo  
todo con el pensamiento!  
Es diabólica invención  
la de ese imbécil de médico:  
¡haberme enviado a morir  
frente a frente al elemento  
que es imagen de la tierra  
de lo infinito y lo eterno!

¡Quieren convertirme...! Ya...  
(Con ironía.)

debe andar Teresa en ello.  
Ahora me voy a mi cuarto.  
Ayúdame...

(Se levanta, ayudándole RAMÓN, y da algunos pasos.)

Pues me siento  
más fuerte. Tú, los papeles  
has de llevar.

(Le da a DON RAMÓN los papeles que hay sobre la mesa.)

No los dejo,  
que pueden robarlos.

Escena V

DON CARLOS, DON RAMÓN, DOÑA TERESA y ALFREDO. DON  
CARLOS marcha

lentamente, sostenido por DON RAMÓN. DOÑA TERESA y ALFREDO  
aparecen

en el fondo, y en él se detienen.

ALFREDO. ¡Madre!

¡Él es...! ¡Dios mío!

RAMÓN. ¡Son ellos!

TERESA.Después... ¡Pobre Carlos!

CARLOS. Mira...,

déjame...; yo solo... creo  
que estoy mejor. Ya lo dije:  
eran tan sólo los nervios;  
mas vence la voluntad,  
y es mi voluntad de hierro.  
(Sale con DON RAMÓN por la izquierda.)

Escena VI

DOÑA TERESA y ALFREDO.

ALFREDO.¡Pobre padre...! ¡Padre mío!

¡No es posible..., tú morir!

TERESA.Silencio, nos puede oír.

ALFREDO.Este salón es sombrío,  
sombrió como el no ser,  
como el fondo de una tumba;  
oye, madre, cuál retumba  
en las olas el romper.  
(Acercándose al balcón. DOÑA TERESA le sigue.)

Allá arriba el firmamento  
sus mil luceros mostrando,  
y nubes que van cruzando  
arrastradas por el viento.  
Al fondo, la mar serena  
envuelta en manto la bruma;  
sobre la playa la espuma;  
después de la espuma, arena.  
Y más cerca un resplandor  
en una abierta ventana...,  
entierra una forma humana...,  
blandones alrededor.

Luz que entre las sombras arde  
y alumbra por vez postrera  
a la infeliz pordiosera  
que murió esta misma tarde.  
(Viniendo al centro con DOÑA TERESA.)

No puede quedar aquí.

TERESA.No; mañana le abrazamos...

ALFREDO.Y todos a Madrid vamos,

¿no es verdad que todos?

TERESA. Sí.

Escena VII

DOÑA TERESA, ALFREDO y DON RAMÓN. Este último por la izquierda.

ALFREDO. Calma nuestra incertidumbre:

¿cómo está?

RAMÓN. Yo no lo se.

ALFREDO. Le dejaste...

RAMÓN. Le dejé.

Y cerró según costumbre.

TERESA. Es preciso que mañana nos vea.

ALFREDO. Primero, a mí.

TERESA. Alfredo...

ALFREDO. Yo le ofendí.

Si está su muerte cercana,  
quiero obtener su perdón,  
quiero sus manos besar,  
quiero una vez estrechar  
contra mí su corazón.

Después, Elena y el niño...,  
mi Ernesto... ¡Que el pobre muera  
rodeado de esta manera  
de lágrimas y cariño...!

RAMÓN. (Pensativo y como hablando consigo mismo.)

También a Juan ha de ver.

TERESA. ¿No temes que la emoción...?

RAMÓN. Es fuerte su corazón,  
y el pobre Juan viene a ser  
otro niño. Denso velo  
cubre a su edad lo pasado.  
y hoy no tiene más cuidado  
que dormir al pequeñuelo.

ALFREDO. ¿Y cuándo...?

RAMÓN. Procuraré  
que al fin consienta.

TERESA. Idos...

ALFREDO. Madre,  
hay que velar a mi padre.

TERESA. Pues bien: yo le velaré.

ALFREDO. Los dos...

TERESA. No; te aguarda Elena.

ALFREDO. Déjame...

TERESA. Yo te lo ruego.

RAMÓN. (A ALFREDO.)

Más tarde...

ALFREDO. Pues hasta luego.

TERESA. Adiós...

ALFREDO. Y calma tu pena.

(Da la mano a su madre y sale con DON RAMÓN.)

Escena VIII

DOÑA TERESA, sola. Se sienta en la butaca o sofá de la izquierda. La luz, en la mesa de la derecha.

TERESA. ¿Por qué, triste noche, di,  
en tus horas silenciosas,  
como sombras vaporosas  
van deslizándose ante mí  
memorias de lo que fue,  
tristezas de lo presente?  
¿Por qué atormentáis mi mente  
y mi corazón? ¿Por qué?  
Fantasmas de lo que ha sido,  
regaladas armonías,  
infantiles alegrías,  
pasad..., os llama el olvido.  
Llanto que el párpado siente  
y después siente la tez,  
tristezas de la vejez,  
venid..., os llama el presente.

(Pausa.)

A mi pesar me domina  
el cansancio de este viaje...  
Siempre el ruido del oleaje...

¡Ay!, ¡mi cabeza se inclina!

(Pausa. Principia a dormirse. Se oye, aunque lejano, el rumor del mar.)

¡Yo fui joven...! ¡Yo fui bella...!

¡Yo soñé con el amor...!

¡Hay algo más que el dolor...!

¡Una nube... y una estrella...!

(Señalando al balcón; después deja caer la cabeza. Su voz se va apagando lentamente.)

Mi pobre Ernesto... ¡Qué hermoso!

Carlos..., yo te velaré...

No temas..., no dormiré...

Sombras..., sombras..., y reposo.

(Queda durmiendo.)

Escena IX

DOÑA TERESA continúa durmiendo. DON CARLOS sale por la izquierda, ya moribundo, y avanza hacia la derecha, sin notar la presencia de TERESA, oculta por el respaldo del sillón.

CARLOS. ¡No puedo..., no puedo más...;

qué inquietud..., qué desconsuelo...,

qué fatiga! ¡Dios del Cielo!

¡Noche! ¿Cuándo acabarás?

¡Ah, qué noches tan amargas!

¡Cuán traidoras..., cuán alevés!

¡Si sois de placer, qué breves!

si sois de dolor, qué largas!

(Sacando una llave, mirándola y volviéndosela a guardar. Sigue

avanzando.)  
Sueño..., delirio..., ¿qué fue?  
¡Corazón, pronto, despierta!  
(Llega a la butaca y se deja caer en ella)  
¡Más luz..., más luz!  
(Enciende las otras dos bujías del candelabro y se abraza a él con  
ansia, como si quisiera beber toda su luz.)  
¿Miedo acaso?  
¿Me espanta la oscuridad?  
¡De qué sirves, voluntad,  
que de vergüenza me abraso!  
Yo, que con audacia rara  
supe vencer a la suerte,  
¿no he de mirar a la muerte  
sin temblar y cara a cara?  
(Con satánica energía.)  
¡El que siempre he sido, soy;  
lo que siempre quise, quiero!  
¡Venid, sombras, que os espero...,  
o esperadme, que allá voy!  
(Desafía con terrible acento a las sombras y apaga todas las luces.  
Pausa. Todo queda en profunda oscuridad.)  
TERESA.(Con débil voz.)  
¡Un grito...! ¡Carlos tal vez...!  
CARLOS.¡Algo se agita allí enfrente...!  
¡Brotó el sudor de mi frente...,  
brotó el sudor de mi tez...!  
(Lleno de supersticioso terror, se encoge en su butaca y fija la  
vista en DOÑA TERESA.)  
TERESA.(Con voz triste.)  
¡Ay Carlos, esposo mío...!  
CARLOS.(Aparte, como todo lo que dice en las escenas siguientes.)  
¡Teresa!  
TERESA. ¡Vas a morir!  
CARLOS.¡Morir...! ¿pero esto es dormir,  
o es verdad..., o es desvarío?  
¡Yo presa de calentura...,  
yo fantasmas evocando...,  
yo como un viejo temblando  
al pie de mi sepultura!  
TERESA.Tú las ilusiones mías  
sin compasión desgarraste;  
tú en lágrimas anegaste  
mis más puras alegrías...;  
pero yo no te abandono,  
que nunca te abandoné...  
¡Siempre, ay Dios, te perdoné...!  
¡Y otra vez más te perdono!  
CARLOS.¡Vete, sombra! ¡Ya se mueve...!  
TERESA.Voy a su puerta a escuchar.

¿Qué puedo por él...? ¡Rezar...!

(Cruza las manos como para hacer oración y sale por la puerta de la izquierda.)

CARLOS.Su planta desliza leve...,  
se aleja..., se aleja... y pasa.

(Pausa.)

¡Quizá despierto he soñado  
con visiones que ha forjado  
esta fiebre que me abrasa!

Escena X

DON CARLOS, ALFREDO y ELENA. ALFREDO y ELENA, por el fondo, y  
avanzando lentamente.

ALFREDO.(Siempre en voz baja.)

A sus puertas, velaremos  
mientras descansa mi madre.

CARLOS.Nada se oye.

ELENA. ¡Pobre padre!

No temas; le salvaremos.

CARLOS.Por fin ya todo pasó;

(Sin verlos todavía.)

ya no hay sombras en la sombra.

Ya mi nombre nadie nombra.

¡La fiebre...!, bien dije yo.

Pude un punto vacilar,

y en verdad que me avergüenzo;

pero al fin yo siempre venzo

cuando yo quiero luchar.

Veré mi final partida

¡cuando llegue, que algo falta!,

(Con un arranque de orgullo y de suprema confianza.)

soberbia la frente y alta,

y no daréis, ¡por mi vida!,

fantasmas negros o rojos,

aunque vengáis en montón,

ni un latido al corazón

ni una lágrima a los ojos.

¡Agotó la lobreguez

ya sus engendros sin duda!

(Con despreciativa ironía, mirando alrededor de sí.)

ELENA.(Con voz triste y dulce.)

¡Dios mío, danos tu ayuda!

CARLOS.¡Una voz!

ALFREDO.(Con acento lloroso.)

¡Padre!

CARLOS.(Se levanta como impulsado por un resorte; se vuelve, ve a  
ALFREDO y a ELENA, y cae de nuevo desplomado en la butaca.)

¡Otra vez!

¡Dos sombras! ¡Yo estoy demente,

y de poblar no me sacio

esas sombras del espacio

con las sombras de mi mente!

ALFREDO.(A ELENA.)

Vuelve con Ernesto...

ELENA. No;

de Ernesto cuida el abuelo;  
tú has menester mi consuelo.

CARLOS.¡Yo los estoy viendo..., yo!

¡Tiemblo como rota arista  
que arrebatara el vendaval...!

¿Qué procesión infernal  
va pasando ante mi vista?

¡Sombras que menguan y crecen,  
que vienen siempre llorando,  
y que se van alejando...,

y que al fin desaparecen!

¡Mi vida es que se derrumba  
en el fondo del no ser,

y cual fantasma mi ayer  
se alza al borde de la tumba!

(Cae sollozando sobre la mesa y oculta el rostro entre las manos.)

Escena XI

DON CARLOS, ALFREDO, ELENA y DOÑA TERESA. DON CARLOS,  
sentado en la

butaca y con la cabeza apoyada sobre la mesa y oculta entre las  
manos. ALFREDO y ELENA llegan lentamente a la puerta de la  
izquierda. DOÑA TERESA sale un momento a dicha puerta y allí se  
detienen los tres.

TERESA.Silencio.

ALFREDO. Noche afanosa.

TERESA.Tiene la puerta cerrada.

ALFREDO.¿No se oye?

TERESA. No se oye nada.

ELENA.Tal vez don Carlos reposa.

(Desaparecen todos por la puerta.)

Escena XII

DON CARLOS levanta lentamente la cabeza y mira con temor a todas  
partes.

CARLOS.Ya se fueron... ¡Qué agonía...!

¡Necesito respirar...!

¡Cuanta brisa hay en el mar  
pienso que no bastaría  
para calmar este anhelo!

(Apoyándose primero en la butaca y después en la mesa, se acerca  
vacilante al balcón.)

¡Mirar no quiero hacia allí!

(Señalando con el brazo, pero sin volverse al interior del salón.)

¡Todo está negro, ay de mí!

¡Y todo azul en el cielo!

(Levantando la cabeza y figurando que mira el horizonte y el  
firmamento. Pausa. Respira con más facilidad y parece gozar de

algunos momentos de calma.)

¡Todo, no...!

(Retrocediendo con espanto.)

¡Sombras también!

¡Negros paños... y blandones...!

¡Golpeando está a borbotones

mi sangre hirviendo en la sien!

¡En esa estancia sombría

están mirando mis ojos

los miserables despojos

de aquella hermosa María!

Yo quise hacerte sentir

la inmensa dicha de amar;

yo quise hacerte gozar

placeres que hacen morir.

Y morir al fin te hicieron

tras infamante calvario;

y a ese lecho funerario

deshonrada te trajeron.

¡Fantasmas de mil placeres,

ensueños de mil amores,

marchitas y tristes flores,

mujeres..., pobres mujeres!

¡Si cuanto os hice llorar

hoy pudiera recoger,

otro mar lograra hacer

más amargo que ese mar!

Dejadme..., dejadme... paso...

(Como luchando para separar fantasmas.)

¡María..., Elena..., Teresa...!

¡La losa, cuánto me pesa!

Aire..., luz..., agua..., me abraso.

¡Perdonadme..., veis, que lloro!

¡Dadme de beber!

(Se precipita sobre la mesa, toma la copa y bebe con ansia; después, la rechaza con horror y la arroja al suelo.)

¡Qué horror!

¡¡A sangre tiene sabor

la maldita copa de oro!!

Escena XIII

DON CARLOS, DON JUAN y un NIÑO (ERNESTO). DON CARLOS, en pie, apoyándose sobre la mesa, delirante, moribundo, limpiándose con horror los labios; DON JUAN, trayendo de la mano al NIÑO, por la puerta del fondo.

JUAN. Ven, mi. Ernesto, ven.

NIÑO.

¡Mamá!

CARLOS. (Se vuelve al oír la voz del NIÑO; vacila, da algunos pasos y se agarra al sillón para no caerse.)

¡Allí..., sombras... más...! ¿Qué es esto?

JUAN. Silencio.

(Al NIÑO.).

CARLOS. ¡Y han dicho Ernesto!

JUAN. ¡Mi tesoro!

NIÑO. ¿Dónde está?

CARLOS. Corazón, ¿por qué te asombras?

¿Por qué tiembles..., si es en vano?

¡Voy a tocar con mi mano

(Con desesperación.)

esos cuerpos o esas sombras!

(DON CARLOS avanza con gran dificultad hacia DON JUAN; éste y el NIÑO, con lentitud hacia la puerta de la izquierda.)

JUAN. ¿Preguntas dónde está Elena?

Yo te lo voy a decir:

ayudando a bien morir

a un hombre que es una hiena.

(El NIÑO se separa algunos pasos de DON JUAN y se dirige hacia la izquierda. DON JUAN le llama, le alcanza y le vuelve a coger de la mano.)

¡No entres solo...; no, por Dios!

Oye, Ernesto, vida mía:

ese hombre te mataría,

porque nos odia a los, dos;

no te separes de mí.

NIÑO. Tengo miedo.

CARLOS. Es un anciano;

lleva a un niño de la mano.

JUAN. (Viendo a DON CARLOS.)

¿Quién es el que viene allí?

CARLOS. ¡Hombres, niños y mujeres  
surgen, llegan y se van...!

¿Cómo te llamas?

JUAN. ¡Yo...! ¡Juan!

CARLOS. ¡Cielo santo!

(Retrocediendo.)

JUAN. (Avanzando.)

Y tú, ¿quién eres?

CARLOS. ¡Es delirio..., es ilusión!

JUAN. Yo te conozco..., detente...

CARLOS. (Intenta huir, pero DON JUAN, siempre con el NIÑO de la mano, le alcanza y le coge por un brazo.)

¡Ay, se me abrasa la frente

y me salta el corazón!

JUAN. ¡Que yo te conozco, digo!

¿Lo ves? ¡Hay sangre en tu mano!

(Cogiéndole la mano que DON CARLOS se hirió al empezar el epílogo, y mirándola atentamente.)

CARLOS. (Con voz agonizante.)

¡Déjame..., por Dios..., anciano!

JUAN. ¡Eres Carlos, mi enemigo!

Ha tiempo que te buscaba.

¿Qué has hecho, di, de mi Ernesto?  
CARLOS. ¡Perdón!  
JUAN. Respóndeme presto;  
¡no sabes cuánto le amaba!  
CARLOS. ¡Suelta...!. ¡suelta...!  
JUAN. ¡No te irás!  
CARLOS. ¡Compasión!  
JUAN. No.  
CARLOS. ¡Déjame!  
JUAN. ¿Dónde está mi hijo?  
CARLOS. No sé.  
¡Por el cielo!  
JUAN. (Aferrándose a CARLOS.)  
¡No te vas!  
Me quitaste al hijo mío;  
pero tuvo compasión  
el cielo.  
CARLOS. ¡Basta! ¡Perdón!  
JUAN. Y hoy tu furia desafío.  
¡Sufre, sufre en este potro!  
Perdí a mi Ernesto..., es igual.  
(Enseñándole al NIÑO.)  
¡Rubio..., hermoso..., angelical;  
mira, infame, tengo otro!  
CARLOS. ¿Qué dices?  
(Acercándose a él.)  
JUAN. ¡Lo tengo yo!  
CARLOS. (Queriendo abrazar al NIÑO.)  
¡Es el hijo de mi Alfredo!  
NIÑO. (Abrazándose a DON JUAN.)  
Abuelito, tengo miedo.  
CARLOS. ¡Ese niño...!  
JUAN. (Defendiendo al NIÑO.)  
¡Aparta!  
CARLOS. No;  
dame ese niño...  
JUAN. No quiero.  
CARLOS. Dámelo para besarle.  
JUAN. ¡Lo quieres para matarle,  
como mataste al primero!  
(Luchan los dos ancianos por apoderarse del NIÑO.)  
CARLOS. Ese niño...  
JUAN. (Coge al NIÑO y trata de huir con él.)  
¡Nunca!  
CARLOS. (Deteniéndole.)  
¡Espera!  
¿Lo ves...? Moribundo corro,  
y te alcanzo...  
JUAN. No...  
CARLOS. ¡Socorro!

¡Suelta, anciano!

JUAN. ¡Suelta, fiera!

¡A mí..., pronto..., por piedad!

(DON JUAN se desprende y huye hacia la izquierda, llevándose al NIÑO y cogiéndole en brazos; DON CARLOS cae moribundo en tierra.)

CARLOS. ¡Al fin una luz que brilla!

¡Vete, si eres pesadilla...!

¡Perdón, si eres realidad!

Escena XIV

DON CARLOS, DOÑA TERESA, ALFREDO, ELENA, DON RAMÓN, DON JUAN y el

NIÑO. DON CARLOS, en tierra, expirante; a la izquierda del público DON JUAN, en pie, con el NIÑO en brazos; DOÑA TERESA, ELENA y ALFREDO, por la izquierda; DON RAMÓN. por el fondo, y un CRIADO con una luz. Todos, menos DON JUAN, acuden a DON CARLOS, le rodean, le levantan y le llevan a la butaca. El CRIADO sale.

TERESA. ¡Carlos!

ALFREDO. ¡Padre!

ELENA. ¡Padre mío!

CARLOS. ¡Todos...!

JUAN. (Estrechando al NIÑO contra su pecho.)

¡Me quería  
arrancar la prenda mía...!

CARLOS. ¿Luego no fue desvarío...?

Os tengo cerca de mí...;

aquel ensueño pasó;

aquellas sombras..., ¡ay, no,

las siento agitarse aquí!

(Oprimiéndose el pecho con ambas manos.)

¡Yo voy a morir..., Teresa!

RAMÓN. Olvida vanos temores...

TERESA. ¡Carlos!

CARLOS. (A TERESA.)

Ven, pero no llores...

ELENA. ¡Padre...!

ALFREDO. ¡Perdón, padre!

CARLOS. ¡Cesa!

Yo soy quien debe perdón

implorar por mi egoísmo.

¡Si vieras qué horrible abismo

llevo... aquí... en el corazón!

TERESA. ¡Carlos!

CARLOS. La muerte deseo.

¡Este abismo!

(Oprimiéndose el pecho.)

¡Por piedad!

Cuanta más oscuridad,

más claramente lo veo.

Ya la vista se me apaga...

¡Luz..., calor..., que horrible frío!

TERESA.¡Carlos!  
ELENA. ¡Padre mío!  
ALFREDO. ¡Padre mío!  
JUAN.(Aparte.)  
¡El que tal hizo, tal paga!  
CARLOS.Más y más aumenta el peso  
que me oprime..., estoy inerte...  
Mira..., después de mi muerte...  
(Atrayendo a sí a DOÑA TERESA.)  
¿Te acuerdas...? Dame... aquel beso.  
Pero, ¡ay!, antes de morir...,  
(Agitándose convulsivamente.)  
en perdón de tanto agravio...,  
de aquel niño el puro labio  
(Extendiendo el brazo hacia el NIÑO y separando a los que impiden  
verle.)  
quiero en mi frente sentir,  
Teresa..., Alfredo..., los dos...,  
(ELENA corre hacia DON JUAN, le quita el NIÑO de los brazos, lo trae  
y lo acerca a DON CARLOS; DON JUAN la sigue y observa con la  
curiosidad casi infantil de los ancianos.)  
¡Ya no diviso su faz!  
¡Pronto, ese beso de paz  
(El NIÑO le besa en la frente.)  
para presentarme...!  
¡Adiós!  
(Cae muerto; todos le rodean.)  
FIN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

